Comedias



CALLEJA

Caricatura de TOVAR.

cinto BENAVENTE

señorita Primavera

Sin querer

José FERNANDEZ DEL VILLAR

50 CENTIMOS

NÚM. 88 22 DE OCTUBRE DE 1927 AÑO II

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

Rodríguez San Pedro, 26 MADRID Apartado 8.036

Talleres Poligráficos, S. A., Ferraz, 72.— Madrid.

JACINTO BENAVENTE

SIN QUERER

BOCETO DE COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

trenado en el Teatro de la Comedia el día 3 de marzo de 1901

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISA	Sra. Pino.
A DONCELLA	Srtá. Sampedro.
PE	Sr. Benavente.
N MANUEL	» Rubio.

En Madrid.—Gabinete elegante.

ACTO UNICO

ESCENA PRIMERA

LUISA, la DONCELLA, y después, PEPE.

DONCELLA. ¡Señorita Luisa, señorita Luisa!

LUISA. ¿Ha subido?

DONCELLA. Sí.

LUISA. ¿Por la escalera de servicio? ¿No le ha visto na

DONCELLA. Por la escalera de servicio. ¡Cómo se co que la señorita no está acostumbrada a estas cosas!... ¡ llamar más la atención!...

LUISA. Es verdad; los porteros le conocen; y, sobre con que papá no le vea... Corre, que pase, y ten mucho c do; en cuanto salga mi tío de hablar con papá, nos avisas.

DONCELLA. Descuide usted.

LUISA. Y no vayas a decir a nadie...

DONCELLA. ¡Señorita! Porque me haya usted oído c más de cuatro cosas que ha visto una... Tratándose de uste sé que esto no será ninguna trapisonda, aunque lo parezca.

LUISA. Por supuesto... Ya lo sabrás... Anda, no hagas do al pasar por el gabinete. *(Sale la doncella. A poco entra P*

PEPE. ¡Luisita!

LUISA. ¡Chist! No digas nada, no levantes la voz, n muevas... Tenemos que hablar; siéntate. No dejes el som ro, no fumes... ¡Uf, qué humo! No dejes ahí el cigarro. Si te, hombre, siéntate. Ya supondrás por qué te he llamad esta manera...

PEPE. Sí; supongo...

LUISA. No supones, lo sabes... Sabes que mi padre tuyo conferencian en este momento.

PEPE. ¿En este momento?

LUISA. Sí. Se han encerrado en el despacho. Y era u te, preciso, que nosotros nos viéramos antes a solas, con libertad, para ponernos de acuerdo... Nuestros padres de allí; pretenden decidir de nuestro porvenir, disponer de nu corazón... Ya estás enterado; quieren casarnos.

PEPE. Sí; papá siempre me estaba diciendo: «Las bodas d hacerse en familia; hay más probabilidades de acertar... En tra familia hay excelentes muchachas; debes fijarte en un tus primas». Pero, la verdad, como sois veintitantas en la milia..., era imposible fijarse...

LUISA. Papá estaba siempre con la misma canción;

omo el único primo casadero de la familia eres tú, cuando papá e decía: «Debes casarte con uno de tus primos», ya sabía yo ue el primo eras tú. Comprende que hay mucha diferencia de oder escoger entre veintitantas a no tener dónde escoger... Pero oarte de eso, la idea de nuestros padres es ridícula. ¿Por qué os hemos de casar nosotros? ¿Me quieres tú a mí? ¿Te quie- yo a ti? Es decir, nos queremos..., así, como buenos parien- s..., y eso es lo malo; mejor sería que no nos quisiéramos ada; yo creo que me sería más fácil quererte mucho de pron- no habiéndote querido nunca nada... Pero pensar ahora: Ea!, voy a quererle más, debo quererle más». ¿Por qué voy quererte hoy más de lo que te quería ayer? Y, francamente, eriéndote hoy como te quería ayer, es un disparate que piensen e nos casemos mañana.

PEPE. Sí, es expuesto.

LUISA. Y vamos a ver, ¿qué te ha dicho tu padre? Supon- que antes de decidirse a hablar con el mío seriamente te ha- dicho algo.

PEPE. Me ha dicho lo que me dice siempre que se enfada nmigo, cuando le pido dinero, cuando paga mis cuentas: «Ya hora de que acaben las locuras». Papá llama locuras a las entas de 500 pesetas para arriba... Ya ves, esas son locuras sastre, el camisero... «Es preciso que pienses en casarte...»

LUISA. Eso es; cuando el señorito da guerra en casa...

PEPE. Y tu padre, ¿cuándo piensa casarte a ti?

LUISA. ¡Ay! Siempre que nos toca el turno del Real y le igo a dejar su partida de tresillo. Lo que es las noches de cer turno, no le importaría verme casada con cualquiera. en papá se comprende ese afán... Viudo, con sus ocupacio- ... Yo no puedo soportar a las ayas ni a las señoras de npañía; así es que vivo sacrificada, porque papá sólo se pres- a acompañarme al teatro Real; eso, sí, las noches que cantan *Walkyria* ¡me da una lástima!

PEPE. Sí, tú, la verdad, sola con tu padre desde muy niña, debías haberte casado...

LUISA. ¿Ya? No dirás tú, como papá, que me estoy pa- do...

PEPE. ¡Qué disparate!

LUISA. No; es que como me pusieron de largo muy pron- porque di un estirón a los catorce años, la gente cree que o más edad. Pero tú sabes...

PEPE. ¡Ay, si lo sé! Soy un viejo comparado contigo.

LUISA. Viejo, no; pero no estás para perder el tiempo. Nues- padres tienen razón; debemos casarnos; pero cada uno por ado. ¿No te parece? No es que yo sea romántica (en toda mi habré leído dos novelas), ni que yo sueñe con ideales, ni

con príncipes encantados; pero estas bodas, arregladas en f
milia, me parecen bodas de interés, de conveniencia... Un po
de poesía nunca está de más... Sobre todo, que nosotros se pu
de decir que no nos conocemos. ¿Qué sabes tú de mí? ¿Qué
yo de ti? Ni me ha importado nunca saberlo. ¿Sabes siquiera
yo he tenido algún novio?

PEPE. No, que yo sepa, y hemos ido juntos alguna vez
bailes y hemos pasado juntos todo un verano.

LUISA. Pues entonces tenía yo novio, ya ves, y ni siquie
te enteraste; eso prueba lo que te importaba.

PEPE. ¡Ah, sí; aquel majadero!... ¿Cómo había de imp
tarme?

LUISA. Pues si me hubieras querido como pariente siquie
debía haberte importado que yo tuviera relaciones con un m
jadero.

PEPE. Estaba seguro de que tienes demasiado talento pa
conocerlo y no casarte con él...

LUISA. Muchas gracias, pero sigues equivocado; esta
enamoradilla de él, y él de mí, no se diga, ¡y si vieras cuan
un hombre se enamora de verdad, qué difícil es distinguir a
majadero de un hombre de talento!...

PEPE. No es verdad; un tonto no puede querer como una p
sona de talento ni se le puede querer lo mismo.

LUISA. ¿Por qué no? Mira; a las mujeres lo que nos hala
es que por nuestro cariño se transformen los hombres en otr
El cariño es siempre revolucionario, y para el caso lo mismo
que diga la gente: «Fulanito, que era tan simple, cómo se
avispando desde que usted le quiere.» O que diga: «Menganito,
hombre de tanto talento, ¡qué tonterías hace desde que se ha e
morado de usted!» Por eso yo no me casaría con un santo... ¿Q
iba yo a cambiar en un santo? Pero un hombre, así..., algo
traviado..., que se dejara convertir poco a poco. ¡Qué boni
Querer a un hombre, casarse con él y, al poco tiempo, que ac
hombre sea otro hombre...

PEPE. Un marido de gran espectáculo, con mutaciones.

LUISA. Ahí tienes lo que me parece imposible contigo: p
que tú no eres bueno ni malo, no tienes grandes defectos
grandes virtudes. ¿Estoy equivocada?

PEPE. ¡Quién sabe, quién sabe!

LUISA. No; me parece que contigo no hay sorpresa.

PEPE. ¡Quién sabe, quién sabe!

LUISA. ¿De veras? ¿No eres lo que pareces?

PEPE. ¡Quién sabe, quién sabe!

LUISA. ¡Ay! No seas pesado; dime ese secreto...

PEPE. Si yo no tengo secretos; digo, ¡quién sabe!, por
yo no sé nada.

LUISA. Pero tú, ¿no has querido nunca?
PEPE. Alguna vez.
LUISA. ¿Novia formal?
PEPE. No, muy loca.
LUISA. Digo, pensando en casarte.
PEPE. Pensándolo mucho.
LUISA. ¿Y por qué la dejaste?
PEPE. Porque me enteré de que quería a otro.
LUISA. Entonces di que la que te dejó fué ella.
PEPE. No, ella no quería dejarme; estaba también por las utaciones, pero por otro sistema.
LUISA. ¿Y sentiste mucho aquel desengaño?
PEPE. ¡Ya lo creo! Fué cuando pasé aquella temporada en arís para distraerme.
LUISA. Sí, es verdad. Vaya, vaya, pareció la novelita.
PEPE. Cuando tío Ramón fué a buscarme, comisionado por apá, porque le habían dicho que yo tenía allí amores.
LUISA. ¡Qué gracioso! Con una francesa... Y tío Ramón, uieras que no, te trajo de una orejita...
PEPE. A mí, no; adoptó el sistema más práctico, se la trajo ella... En el teatro Japonés la tienes cantando.
LUISA. ¡Pobrecito! Todas te dejan... Debes tener el corazón estrozado...
PEPE. No lo creas, fortalecido. Mis equivocaciones en la vida n sido engaños, no desengaños, y no me han entristecido ni e han vuelto desconfiado siquiera. Mi corazón está abierto de r en par.
LUISA. Esperando el cariño soñado, el ideal... ¿No es eso?
PEPE. Yo nunca he creído que el cariño..., el amor, en lenaje poético, sea la felicidad por sí solo; nos lleva dulcemente la mano hasta la entrada; pero después el camino es penoso, el amor, débil niño, tiene que transformarse en algo más serio, ás fuerte, para seguir adelante, en deber, en sacrificio...
LUISA. Está muy bien eso que dices... ¡Primera sorpresa!
PEPE. ¡Bah! Tantas sorpresas podía darte, y tú a mí, y los s a nosotros mismos... ¿Qué sabemos de la vida? ¿Cómo nos n educado? Con el sistema de los padres en España; de conerar a los hijos siempre como chiquillos; yo, en mi casa, soy mpre Pepito; tú, Luisita, siempre para tu padre: dos chiquis de quien sólo se espera alguna travesura, de quien nada se na en serio; nuestros caprichos, más o menos discutidos, safechos siempre; niños mimados por nuestros padres, mal disestos a ser maltratados por los demás en la vida. Cuando emzemos a vivir por nosotros mismos, pecaremos de osados o de idos; no sabremos ir con la tranquila seguridad que da la conıza en sí mismo, porque nuestros padres nos han dicho: «No

seas así», o «Debes ser así»; pero «Así eres», nunca. Yo no s
cómo soy, y a ti te pasará lo mismo.

LUISA. Tienes mucha razón. No nos enseñan a conocernos Y ahora, porque a nuestros padres se les antoja que todo se qu de en casa, porque nos juzgan además incapaces de elegir po nosotros mismos, nos dicen, sin más ni más, «a casaros», y c buenas a primeras, novios un par de meses, y asunto concluído, después desgraciados para toda la vida... Si no estuviéramos c acuerdo para oponernos... Yo te confieso que no seré la primer en decir que no; tú debes ser quien...

LUIS. Me opondré.

LUISA. Dices que soy muy buena, muy bonita, todo lo qu quieras; pero que no soy la mujer soñada... Tú tendrás tu idea como todo el mundo. A propósito, ¿cómo es tu ideal?

PEPE. ¿Mi ideal? ¿Para mujer propia? Vas a reírte.

LUISA. ¿Rubia? ¿Morena? ¿Alta? ¿Bajita?

PEPE. No lo sé. Va vestida de gris; es lo único que pue decirte.

LUISA. ¡Qué chifladura!

PEPE. Como en un cromo inglés que vi hace muchos año una de esas escenas plácidas de pintura inglesa; una muchac vestida de gris, que preparaba el «pudding» de Navidad, y a lado, sentado, un joven, el esposo o el prometido, y alrededor un gatos, y en el fondo unos viejos leyendo la Biblia; y al otro lad por una puerta abierta a un jardín, unos niños muy rubios, j gando. Había no sé qué en aquel cromo, la escena, el color, tono general que lo envolvía todo, el color de la dicha a que pu de aspirarse en este mundo.

LUISA. ¿Color de rosa?

PEPE. No, agrisado; un tono muy dulce; la dicha que sueña, sí es de color de rosa; la que puede lograrse, la de vida, es siempre gris, el color de la melancolía resignada, de tristeza bondadosa que sonríe y perdona y ama.

LUISA. Yo tengo un vestido gris, no sé si será de ese to exacto; me lo pondré un día para parecerme a tu cromo ingl digo, a tu ideal; será en lo único que me parezca.

PEPE. Y yo, ¿qué he de hacer para parecerme a tu ideal?

LUISA. ¿A mi marido ideal? ¡Ay! Yo sé perfectamente mo no ha de ser; pero cómo ha de ser no sabría decirlo.

PEPE. ¿Y cómo no ha de ser?

LUISA. De muchos modos. No creas, los defectos grandes me asustan tanto como los pequeños, esos defectillos que ha parecen gracias y son los más peligrosos para la intimidad toda la vida. Por ejemplo: yo tengo una amiga que se ha casa con un muchacho ejemplar, un modelo, todo el mundo lo di pues el otro día estuvieron aquí de visita, y por un solo deta

me atrevo a pronosticar que no serían felices. Verás, parece una tontería; el marido le dijo a su mujer: «Merceditas, llevas un descosido.» Y se lo dijo de un modo que indicaba que en aquel matrimonio el marido sería siempre el primero que viera los descosidos.

PEPE. ¡Qué gracioso!

LUISA. Es que aquello sólo indicaba un cambio de papeles muy antipático. ¿Pues qué me dices cuando en un matrimonio es el marido el que tiene que advertir que se gasta mucho? ¡Qué cosa más fea cuando la mujer está a todas horas: «Yo compraría esto, yo tendría esto otro»; y el marido: «Que la vida es muy cara, que no podemos gastar tanto!...» En cambio, ¿hay algo más bonito para una mujer que, sin pedir nunca nada, verse obsequiada por su marido de cuando en cuando con cualquier regalito, y, disimulando mal la alegría, reprenderle cariñosa: «¿Por qué has comprado esto? No estamos para gastos; te habrán llevado un dineral, y es de muy buen gusto», aunque sea un mamarracho, y sepamos que le ha costado tres pesetas.

PEPE. Sabes mucho...

LUISA. Es mi sistema con papá, y así consigo que siempre ne esté regalando, algunas veces cosas horribles; pero ¡líbreme)ios de decírselo! Y lo mismo haría con mi marido. Hay mujees tan mal educadas que cambian en las tiendas los regalos que as traen sus pobrecitos maridos, tan ufanos, creyéndolos del meor gusto... Tú dirás que en qué cosas me fijo y a qué detalles oy importancia...

PEPE. No, no; estamos conformes... Yo también doy mucha nportancia a los detalles... y pienso como tú...

LUISA. Así comprenderás que no estaba dispuesta a casarme ontigo, ni con nadie, sólo por complacer a papá.

PEPE. Ni yo contigo; puedes creerlo.

LUISA. Creían, porque a ellos les conviniera... Afortunadaente, verán que los dos estamos de acuerdo, y no habrá desaire r parte de ninguno.

PEPE. Por mi parte, nunca lo hubiera habido; me hubiera esentado aquí como novio por no contrariar a papá, y hubiera cho todo lo posible por parecerte mal.

LUISA. Pues hubiera sido un noviazgo famoso, porque yo nsaba también parecerte insoportable.

PEPE. Afortunadamente, has tenido una gran idea; después esta entrevista...

LUISA. ¿No era lo mejor? Hablar claro, hablando se entiende gente: ya lo has visto; hablando aquí, a solas, sin fingimien, dejándonos llevar de la conversación sin querer...

PEPE. Y sin querernos... he descubierto que tengo una prima antadora.

LUISA. Y yo que tengo un primo muy simpático y muy raz nable, que piensa como yo en muchas cosas de la vida.

PEPE. Es que piensas muy bien en todo.

LUISA. De manera que nuestros padres, si no consigue lo que se proponen, han conseguido algo mejor para nosotros que desde hoy nos estimemos de verdad; cuando antes, a mí, lo confieso, me eras indiferente, pero muy indiferente.

PEPE. Como tú a mí.

LUISA. ¡Y querían casarnos!

PEPE. Ya ves, ¿cómo era posible?

LUISA. Me parece que nunca se habrá descompuesto una b da más amistosamente.

PEPE. De seguro que, casándonos, no estaríamos tan conte tos el uno del otro.

LUISA. Ya quisiera yo, si algún día me caso, que mi mari se parezca a ti en algo.

PEPE. Y yo que mi mujer se parezca a ti en todo.

LUISA. ¿De veras?... ¿De qué te ríes?

PEPE. ¿Pero te has fijado en lo que estamos diciendo?

LUISA. ¿Eh?... Pues es verdad. Pero ¡qué tontos! ¡Qué to tos! Ahora resulta que casi nos hemos enamorado el uno otro.

PEPE. Y que en vista de eso decidimos no casarnos... ¿Q te parece? Es gracioso...

LUISA. Sí; es gracioso...

ESCENA II

Dichos y la DONCELLA.

DONCELLA. ¡Señorita! Su tío de usted sale en este m mento del despacho.

PEPE. Ha terminado la conferencia.

LUISA. Y nuestra conspiración. En cuanto baje tu padre escalera, sales por aquí. Papá vendrá en seguida a darme cue del resultado de la entrevista. ¡Si supiera...!

DONCELLA. Han cerrado la puerta de la calle.

LUISA. Pues anda..., vete...

PEPE. Yo quisiera saber, ya que estoy aquí... ¿No po esperar?...

LUISA. Si papá te ve...

DONCELLA. Sí, en mi cuarto; venga usted.

LUISA. No, no; si lo ve alguien...

DONCELLA. Descuide usted, señorita. Diré que ha ve por mí... y lo creerán.

LUISA. Pronto; papá viene.

DONCELLA. Venga usted... *(Salen Pepe y la doncella.)*

ESCENA III

LUISA, DON MANUEL y después PEPE.

LUISA. ¿Qué tienes, papá? ¿No me contestas? Yo creí que endrías que hablarme...

MANUEL. No.

LUISA. ¿No estaba tío Carlos contigo?

MANUEL. Sí.

LUISA. ¿A qué ha venido tan temprano?

MANUEL. A nada.

LUISA. ¿Estás seguro? Vaya, papá, lo que te sucede es que enes que decirme muchas cosas y no sabes cómo empezar.

MANUEL. No tengo que decirte nada. Y, sobre todo, no uelvas a mentar a tu tío. ¡Ha muerto para mí!

LUISA. Entonces... mi primo Pepe...

MANUEL. Ha muerto también.

LUISA. Te advierto que hoy es turno tercero.

MANUEL. ¿Y qué?

LUISA. Nada; que con tanto luto en la familia no me parece en que vayamos al teatro.

MANUEL. ¡Turno tercero! ¡Turno tercero! ¡No me importa! esde hoy te acompañaré todas las noches al teatro, te diver-rás, nos divertiremos. No estés triste, hija mía. ¿Se creerá tu que no hay más hombre que tu primo?

LUISA. Pero es que...

MANUEL. ¡Y por cuestión de intereses! ¡Qué falta de deco-! Cuando yo, haciendo un sacrificio y por tratarse de ellos, te taba con mis dos mejores fincas y algo de papel y unos cré-os que pueden cobrarse, ¿con qué dirás que se descuelga tu ? Con que él no se desprende de nada, que os pasará un tanto, o nada más. Conozco yo los tantos de tu tío: os lo pasaría mes, ¡viejo avariento!, y después os dejaría morir de hambre. rque yo os doy lo suficiente para la casa, y el coche, y los jes de varaneo; pero si él no os da nada no tendréis qué co-r. ¿Y cómo vais a vivir sin comer?

LUISA. Es verdad; sin comer y con coche... ¿De modo que béis regañado?

MANUEL. ¡No tienes idea! Le he dicho lo que pensaba de hace mucho tiempo y del botarate de su hijo...

LUISA. Pero, ¿qué sabe Pepe?...

MANUEL. Para cuando lo sepa.

LUISA. ¡Ay, papá, estás muy alterado!

MANUEL. Es que no puedo con la gente que todo lo sacrifi-al interés, como si todo fuera cuestión de dinero en la vida so valiera la pena de descomponer una familia. ¡Un tanto! tanto! Y el viejo marrullero ni siquiera quería firmar, para

no comprometerse a nada. ¿Pensaba que yo iba a casarte sin garantías?

LUISA Es la moda, papá.

MANUEL. No lo eches a broma.

LUISA. Al contrario. Es decir, que vosotros disponéis y os indisponéis cuando os conviene, sin contar para nada con nosotros, como si Pepe y yo fuéramos dos chiquillos sin voluntad y sin corazón; ni antes os importaba que no nos quiriéramos ni ahora que pudiéramos querernos. ¿No es eso?

MANUEL. Querrás decirme que estás enamorada de tu primo...

LUISA. Supongamos que lo estuviera.

MANUEL. Dejémonos de suposiciones...

PEPE. Sí, dejémonos. Yo estoy enamorado de Luisa.

MANUEL. ¡Eh! ¿Qué haces tú aquí? ¿Qué significa esto?

PEPE. Significa que, mientras ustedes hablaban de intereses nosotros hemos dejado hablar a nuestro corazón; y como ha blando, hablando se entiende la gente...

LUISA. Hemos decidido lo contrario de ustedes, casarnos.

MANUEL. Así..., en media hora. ¡Estáis locos!

LUISA. ¿Qué quiere usted? Media hora de conversación, convenciéndonos de que no debíamos casarnos, nos ha dado a conocer mejor que dos años de relaciones para casarnos.

PEPE. No teníamos por qué fingir...

LUISA. Ni por qué engañarnos.

PEPE. Hemos hablado con franqueza, decididos a no querernos.

LUISA. Y sin querer, sin querer...

MANUEL. Eso creéis vosotros. ¡No habréis coqueteado poco En fin, por mi parte, si os engañáis, y creyendo conoceros fondo, os conocéis menos que nunca...

PEPE. Ya no es preciso que nos conozcamos más.

LUISA. Ahora nos basta con querernos mucho.

TELÓN

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

La Señorita Primavera

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA, ORIGINAL

Estrenada en el teatro Lara el 13 de febrero de 1925.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
UREA	Concha Catalá.
TRITA	María de las Rivas.
ÑA ROSARIO	Leocadia Alba.
ÑA VALENTINA	Matilde Armisén.
ARA	Carmen Cuevas.
ARITA	Elisa Méndez.
RIA DE LA LUZ	Raquel Martínez.
URA	Pilar Alenza.
N RICARDO VALCARCEL	Ricardo Simó Raso.
DESCONOCIDO	Salvador Soler Marí.
RDIGUERO	José Balaguer.
ITA	José Isbert.
N ANTONIO	Gonzalo de Córdoba.

La acción en Málaga.—Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Jardín de un sencillo hotelito en el valle del Limonar, en Mál ga. Al foro, una verja de hierro, en cuyo centro se abre u puerta cancela que da al jardín y al través de la cual se el camino. En la lejanía, paisaje de campo. A la izquierd ocupando los términos primero y segundo, el cuerpo de edi cio del hotel, que es de dos pisos, con una pequeña escalina de mármol para subir a él. A ambos lados de la puerta del h tel, dos grandes macetones, con plantas. A la derecha, y p el último término de la izquierda, se supone que continúa jardín. Todo el espacio de la escena es como un rellano o p zoleta, donde habrá sillas y butacas de junco y alguna mes con periódicos y revistas. En el centro de la plazoleta, una ta de mármol, de pequeño diámetro y escasa altura, rodeada macetas, deja correr un alegre surtidor que, con su músi grata, turba la dulce paz del tranquilo retiro. Es de día, una perfumada mañana del templado invierno malagueño.

Al levantarse el telón aparecen en escena DON RICARDO VALCÁ CEL, PERDIGUERO y MARÍA DE LA LUZ. Los tres están de p cerca de la verja; don Ricardo y Perdiguero, a la derecha, a la izquierda, frente a ellos, María de la Luz. Don Ricardo un hombre de cuarenta y tantos años, pelo gris, buena prese cia y aspecto distinguido, que viste con cierto desaliño un tr negro, de luto, abrigo oscuro y se toca con un sombrero flexi también negro; usa gafas con armadura de concha. Per guero es un chico madrileño, vivo como una centella y c la cabeza a pájaros; tendrá veintitrés años a lo sumo. Es atil do y elegante en el vestir. María de la Luz es una doncellita la casa, andaluza y garbosa. Viste de negro y delantal blan En el suelo, junto a don Ricardo y Perdiguero, hay un par maletas y una manta de viaje.

LUZ. Aguarden los señores, que voy a avisá a la seño *(Vase por la izquierda, sube la escalinata y entra en la cas*

RIC. *(Esparciendo su mirada en derredor.)* ¿Qué te par ésto, Perdiguero?

PER. Un encanto, don Ricardo; una maravilla.

RIC. Es ameno el lugar y sereno y apacible. ¡Justamente que necesitan mis nervios y mi espíritu!

PER. Y el aspecto del hotelito, así, juzgando por de fuera, puede ser más seductor.

RIC. Verás qué invierno vamos a pasar aquí, alejados del ullicio y devaneo de la Corte... *(Perdiguero lanza un hondo sus-iro.)* No me suspires, secretario. Ten la bondad de no suspirar n mi presencia, si no quieres sacarme de quicio.

PER. Perdone usted, don Ricardo; no ha estado en mí el ontenerlo. ¡Se me ha escapado él solo! *(Por la izquierda apare-en María de la Luz y doña Rosario. Doña Rosario es la dueña e la casa; una señora de cincuenta años, simpática y bondado-a. Viste con absoluta sencillez.)*

LUZ. *(A doña Rosario, señalándole a los visitantes.)* Estos eñores...

ROS. ¿Quién? *(Los mira fijamente.)*

RIC. *(En voz baja a Perdiguero.)* No me recuerda, no me re-onoce.

ROS. *(Avanzando hacia ellos.)* Buenos días, caballeros. Us-edes me dirán en qué puedo servirles. *(Don Ricardo y Perdigue-o se descubren.)*

RIC. *(Adelantándose y ofreciéndole su mano, sonriente, a oña Rosario.)* ¿Cómo estás, Rosario?

ROS. *(Reconociéndolo.)* ¡Madre del Amor Hermoso! ¡Ri-ardo! ¿Tú, en Málaga?

RIC. ¡Yo, en Málaga!

ROS. ¿Al cabo de cuánto?

RIC. Veinticinco años. ¡Toda una vida!

ROS. ¿Quién lo pudo pensar? ¡Siéntate, hombre! ¡Qué sor-esa tan grata..., y tan triste al mismo tiempo! Tu pobre ma-e...

RIC. *(Poniéndose serio rápidamente.)* ¡Hace ya cuatro me-s!...

ROS. ¡Pobrecita! Dios la tendrá en su gloria. ¡Era una nta! *(Pequeña pausa, que doña Rosario corta oportunamente.)* ueno, siéntate, siéntate, Ricardo!

RIC. Te advierto que venimos a instalarnos en tu hotelito, si o es posible.

ROS. ¿Cómo no? ¡Claro que es posible! Y si no lo fuera, sería, tratándose de ti.

RIC. Gracias, Rosarito.

ROS. Ahí es nada el honor que para mí supone hospedar en casa a una gloria universal, a un literato de tu altura, reco-cido y admirado en el mundo entero.

RIC. Pára la jaca, Rosarito; para la jaca y no te remontes. uí no viene el literato, ni el hombre de fama; no viene más e tu amigo de la niñez, Ricardo Valcárcel, deseoso de pasar advertido entre sus paisanos. Así, pues, la primera condición e te impongo para quedarme en tu pensión es la de que nadie, solutamente nadie, ha de saber quien soy.

ROS. Pero, eso, ¿cómo puede ser? Eres tú demasiado co cido para pasar de incógnito en ninguna parte y menos en tierra.

RIC. Como no pienso moverme de aquí, me basta con q tú me guardes el secreto.

ROS. Pues, descuida, que por mí no se ha de saber... An ¿Quieres pasar? Entra. Te enseñaré las habitaciones que ten disponibles para que tú elijas la que más te guste.

RIC. A tu cuidado lo dejo. Necesitamos dos; una para mi cretario y otra para mí. *(Presentando a Perdiguero.)* Pepito P diguero... Doña Rosario Vélez, viuda de Albareda.

PER. Servidor de usted.

ROS. ¡Tanto gusto!... *(A María de la Luz.)* María de la L haz el favor de recoger estas maletas y llévalas a las habitac nes de estos señores. Número doce y número quince. *(A don cardo.)* Tienen vistas al mar. Pero siéntense. Siéntate, Ricar *(Se sientan los tres. María de la Luz recoge las maletas y la ma de viaje y se marcha por la izquierda.)* ¿Vienen ustedes de M drid?

RIC. De Madrid, pero nos hemos detenido un par de dí en Córdoba para que éste conociera la Mezquita.

ROS. ¡Ah!

RIC. *(A doña Rosario, refiriéndose a Perdiguero.)* Es hi de un antiguo compañero mío, que ya murió—Paco Perdigue gran persona—y su madre, que vive en un pueblecito de la p vincia de Avila, lo encomendó a mi cuidado y conmigo lle desde hace siete años. Yo me he empeñado en hacer de él hombre de provecho y no sé si llegaré a conseguirlo, porq aquí donde lo ves, que parece tan juicioso y tan sentado, es lo más tarambana que puedes imaginarte.

PER. ¡Don Ricardo!

RIC. Tiene talento y escribe versos muy bonitos, pero pos el gravísimo defecto de enamorarse de la primera mujer que encuentra. Y como no carece de imaginación ni de fantasía, plantea unos problemas insolubles. Me lo he traído de Madr para apartarlo de un amorío estúpido que le tenía sorbido seso. El corazón de Perdiguero es inflamable como pocos: depósito de gasolina. Si una mujer lo mira es como si le arroj ran una cerilla ardiendo. Al minuto, ya está mi secretario e vuelto en llamas.

PER. Ya comprenderá usted, señora, que don Ricardo ex gera. Ni es tanto como dice, ni yo me preocupo en el senti que se figura.

RIC. ¡No me hagas hablar, Perdiguero!

PER. No sé qué más puede usted decir.

ROS. Eso le demostrará que le quiere bien cuando tanto i

és se toma en sus asuntos. *(Por el foro, tras la verja, aparece rea, empuja la puerta de la cancela, entra en escena y pasa por medio de nuestros amigos, encaminándose hacia la escalinata, donde desaparece. Es Aurea una hermosa mujer de veinti-co años, rubia, elegante, naturalmente distinguida. Viste un je hechura sastre, cubre su cabeza con un gorrito coquetón y la mano lleva un par de libros. Es desenvuelta de aptitudes y ademanes. Al verla entrar, don Ricardo y Perdiguero se levan- y ella cruza por delante de ellos haciendo una ligera inclina-n de cabeza.)*

AUR. Buenos días, doña Rosario.

ROS. Buenos días, señorita.

AUR. Con permiso... *(Vase por la izquierda.)*

RIC. Usted lo tiene.

PER. *(Que la ha seguido con la mirada hasta que ha des-recido.)* ¡Espléndida mujer! *(Se vuelve a sentar.)*

RIC. ¡Cuidado, Perdiguero!

PER. No hay cuidado, don Ricardo. ¡Está abierta aún la ida!

RIC. Pero las heridas cicatrizan pronto. ¡Te conozco!

ROS. Es una señorita que tenemos en la pensión hace más un año. ¡La señorita de Lámbarri! Buena muchacha y muy iosa e instruída. Ella es de San Sebastián y vive sola en el ndo. Ganó por oposición la plaza de profesora de la Normal aquí y aquí lleva el tiempo que les he dicho a ustedes. Ahora e de clase.

RIC. Y tú, por lo visto, encantada en tu profesión de ho-ra.

ROS. ¿Qué remedio, hijo? Muerto Rafael y casada Aurora, quedarnos solas Laurita y yo, ideamos este medio de vida hacer frente a nuestras necesidades. Y, gracias a Dios, os saliendo. Laurita guisa y yo ayudo en las demás faenas a casa. Hasta ahora no podemos quejarnos de la suerte.

RIC. Laurita, ¿es tu hija menor?

ROS. De las que me viven, sí.

RIC. Y, ¿tienes muchos huéspedes?

ROS. No; esa señorita que has visto y otra señora, de Va-olid, viuda, con una hija, que pasan aquí los inviernos. Lo iente para proporcionarnos una ayudita. Tú, que me has ocido en mis tiempos de esplendor, calcularás toda la violen-que he tenido que hacerme para llegar a esto. ¡La vida, que one tantos sacrificios!

RIC. ¿A quién se lo dices?

ROS. Tú también, tú también has pasado lo tuyo. *(Mirando a el foro derecha.)* Mira, aquí llegan la señora de Valladolid a hija.

RIC. Te encarezco mi recomendación, Rosario. No me p
sentes y si me presentas, no les digas quien soy.

ROS. Descuida. *(Por el foro, tras la verja, aparecen d Valentina y su hija Petrita, empujan la cancela y entran en cena. Doña Valentina es todavía una mujer joven, viuda no ha perdido del todo la esperanza de volverse a casar, y trita una muchacha de veinte años, bonita como una rosa alegre como un cascabel. Madre e hija visten con gusto y gancia.)*

PER. *(Al verlas.)* ¡Caramba, doña Valentina y Petrita!

RIC. ¿Cómo? ¿Tú las conoces?

PER. Mucho. ¡Del Ritz!

RIC. ¡Pues la hemos hecho buena! *(Doña Valentina y trita entran en escena y don Ricardo y Perdiguero se ponen pie. Ellas no se fijan en nuestros amigos y se dirigen a salu a doña Rosario. Doña Valentina y Petrita traen en las ma sendos paquetes.)*

VAL. Buenos días, doña Rosario.

PET. Buenos días. *(Doña Rosario intenta levantarse, im diéndoselo doña Valentina.)*

ROS. ¿Qué? ¿Ya de regreso?

VAL. No se levante. ¡Por Dios! Hemos estado toda la n ñana de compras.

PET. *(Fijándose en Perdiguero, que desde que las vió trar tiene estereotipada en su rostro una sonrisa, que contra con el gesto adusto de don Ricardo.)* ¡Ay, mamá! ¡Fíjate qu está ahí! ¡Perdiguero! ¿Qué tal, Perdiguero?

PER. ¡A su devoción, Petrita!

VAL. ¡Perdiguero! ¿Qué viene usted a hacer en Málaga?

PER. Pues a pasar una temporadita, con este amigo... *(P sentando a don Ricardo.)* Don Ricardo...

RIC. *(Adelantándose.)* Ventura.

PER. ¿Cómo Ventura?

RIC. *(Confundiéndole con la mirada.)* Ventura. ¡Mi a llido!

PER. *(Azorado.)* ¡Ah, sí! ¡Claro! ¡Su apellido! Ya sabía. Es que como Ventura también es nombre me confu así, al pronto. Don Ricardo Ventura, mi amigo y protect Doña Valentina Giráldez, viuda de Mondéjar, y su hija Petri

RIC. Rendidamente... *(Se saludan sin darse la mano.)*

VAL. ¿Y se hospedan ustedes aquí?

PER. Gozamos de esa suerte.

PET. Pues ya nos veremos, Perdiguero. Tenemos tela c tada para rato. Ha de contarme usted muchas cosas de Madr

PER. Las que usted guste, Petrita.

VAL. Bueno, anda, niña; vamos a soltar estos paquetes. asta luego, Perdiguero!

PER. ¡Hasta luego, doña Valentina! ¡Adiós, Petrita!

VAL. *(Dándole la mano a don Ricardo.)* Mucho gusto en coerle.

RIC. El gusto es mío, señora. *(Saludando con la cabeza a rita.)* Señorita...

VAL. ¡Hasta después, doña Rosario! *(Doña Valentina y rita se marchan por la izquierda.)*

PER. ¡Muy simpática Petrita y muy amiguita mía! ¡Es nísima!

RIC. ¡Perdiguero!

PER. ¡Ahí sí! ¿Ve usted, don Ricardo? ¡Ahí puede que pi-! ¡Me gusta muchísimo!

RIC. *(A doña Rosario.)* ¿No te digo? ¡Ya nos cayó qué er! Tiraron la cerilla ardiendo. ¡Estamos perdidos!

PER. No, don Ricardo; no.

RIC. ¡Al tiempo, secretario, al tiempo! Mira, aprovecha el que está sin despedir, y llégate a la lista de Correos a reer la correspondencia. Aquí te aguardo.

PER. Lo que usted disponga. Hasta ahora mismo. *(Sale por ro.)*

ROS. ¿Y tú? ¿No entras?

RIC. Sí, que quiero saludar a tu hija. ¡Este Perdiguero, este liguero!

ROS. Pero, ¿tan enamoradizo es?

RIC. No tienes idea. Aterrado estoy de pensar que hay una uita que le gusta en la misma casa donde hemos de vivir.

ROS. ¡Vamos, criatura!

RIC. Es que le conozco. Tragedia tendremos. Lo has de ¡Tragedia tendremos! *(Por la izquierda sale Aurea, con ibro en la mano, sonríe al pasar junto a doña Rosario y don rdo, y se sienta en una butaca. Don Ricardo se queda conlándola extasiado.)* (¡Hermosa mujer! Llevaba razón el serio.) *(Vase por la izquierda con doña Rosario. Larga pauAurea ha abierto el libro y se ha puesto a leer. Por el foro, de la verja, asoma el Desconocido; al ver a Aurea, sola en rdín, no puede reprimir un movimiento de júbilo; empuja elosamente la cancela, entra en escena procurando no hacer y se coloca detrás de Aurea, permaneciendo así algún rato. Desconocido es un hombre de treinta años, guapo, simpático, n atractivo singular. Tiene tipo de artista: ojos vivos, centes, cabello rizoso y encrespado. Viste pantalón a rayas, icana oscura, chalina, y se toca con un sombrero a lo cham. Aurea percibe, de pronto, que hay alguien detrás de ella,*

vuelve la cabeza y, al encontrarse con el Desconocido, ahoga grito de sorpresa y se pone, airada y rápidamente, de pie.)

AUR. ¿He? *(El Desconocido se quita el sombrero.)* ¿Q hace usted? ¿Qué atrevimiento es éste?

DES. Perdone usted.

AUR. Haga el favor de salir ahora mismo de aquí, si quiere usted que llame para que lo echen.

DES. ¡Aurea!

AUR. Por lo visto, en Andalucía no hay costumbre de r petar a las mujeres. ¿Verdad?

DES. Al contrario. Cuando las mujeres son tan guapas co usted, se hace algo más que respetarlas. ¡Adorarlas!

AUR. ¡Basta, señor mío! Tenga la bondad de...

DES. ¡Atiéndame usted, Aurea! Se lo ruego.

AUR. Ignoro quién le ha dado a usted permiso...

DES. ¿Para llamarla por su nombre? Nadie.

AUR. ¡No estamos presentados!

DES. Ni habrá quien nos presente. Usted es forastera; no conozco a las personas de su intimidad... Iba a ser un p difícil la presentación.

AUR. Sin embargo, reconocerá usted conmigo que no es más correcto proceder de un caballero el empleado por usted

DES. ¿Presentarme solo?

AUR. Allanar una morada, que no le pertenece.

DES. ¿Quién lo ha dicho? Esto es una pensión, un ho un sitio público, a merced del primer ocupante. Y, aunque no fuera, ¿qué hacer, si carecía de otro medio? Día tras día, s ya unos cuantos los que llevo siguiéndola, buscando la ocas propicia en que poder acercarme a usted, y sin hallarla. ¿ parecen poca discreción y paciencia las mías? Pero esto, f zosamente, había de tener un límite, y ese límite ha llega Aprovechando la oportunidad de encontrarla sola en el jard me he decidido a entrar para ver si, por fin, logro mis desc ¡Hablar con usted!

AUR. ¡Falta que yo quiera oírle!

DES. Espero que no me niegue ese favor.

AUR. ¡Falta también que sepa, al menos, quién es el c pretende hablarme!

DES. ¡Un caballero!

AUR. Y ¿quién me lo asegura?

DES. Yo.

AUR. No es bastante testimonio.

DES. Pues, si no es bastante, no tengo otro que ofrece A nada le compromete mi conversación. Usted luego queda libertad de juzgarme. Y mis hechos, mejor que mis palab han de probarle la verdad de mi aserto. Yo, únicamente, no

decirle ahora que la quiero; que la quiero, Aurea; que su ño se ha adueñado de mí; que sólo acierto a verla a usted en ıs partes, reproducida su figura una y mil veces por donde ıra que la vista fijo, y que, a mis solas, me repito su nombre o el que reza una oración: Aurea, Aurea...

UR. *(Con acentó burlón.)* Y... ¿qué más?

DES. Nada más.

UR. ¿Era eso todo lo que tenía usted que decirme?

DES. Precisamente.

UR. Pues ya estoy enterada. Se puede usted marchar, se-. desconocido.

DES. ¡Ah! ¿Es eso todo lo que se le ocurre contestarme?

UR. Perdone usted. O yo he entendido mal o su ruego sólo firió al deseo de comunicarme su cuita.

DES. Ese fué.

UR. Y ¿no está ya satisfecho?

ES. A medias.

UR. ¿Cómo?

ES. Todo amor necesita correspondencia, Aurea.

UR. Muy lejos va el señor desconocido.

ES. ¿Por qué?

UR. Ya es mucho lo que alcanzó. Confórmese por hoy.

ES. Quiere decir que mañana...

UR. No sé.

ES. ¿Y ni siquiera me deja acariciar una esperanza?

UR. *(Sonriéndose.)* ¿Por qué no? Usted es dueño de acari-o que guste.

ES. *(Cogiéndole una mano.)* ¡Aurea!

UR. *(Poniéndose seria y retirando su mano airadamente.)* os mi mano!

ES. ¡Es usted cruel conmigo!

UR. ¿Por qué? Accedí a su ruego y, ¿aún me llama cruel? r haría llamándole yo ingrato!

ES. ¡Perdón! ¿Podré volver mañana?

UR. Vuelva si quiere; pero no entre en el jardín.

ES. ¿No he de verla entonces?

UR. ¡No sé! Le repito que se conforme con lo de hoy. Y seriamente, le suplico que se retire. Pudieran salir y no a que nadie, al verle aquí, llegara a figurarse lo que

S. Pero, ¿que será?

R. *(Con una sonrisa que equivale a una esperanza.)* lo sabe!

S. ¡Hasta mañana, pues!

R. ¡Hasta mañana. *(Vase el Desconocido por el foro, no lver un par de veces la cabeza para mirarla. Aurea corre*

hacia la reja para sonreirle, una vez que él se ha marchad
torna luego a sentarse en la misma butaca que ocupaba.)
cididamente, es muy simpático! *(Por la izquierda sale Pe*
y se sienta junto a Aurea.)

PET. ¿Se ha enterado usted, Aurea? Tenemos nuevos pañeros de hospedaje.

AUR. Sí, ya lo he visto. Valcárcel y su secretario, ¿no?

PET. ¿Cómo Valcárcel?

AUR. Valcárcel, el novelista; el autor de «Luz de los cie de «La muerta», de «Madre María del Mar»...

PET. Si a nosotras nos ha dicho Perdiguero que es... ¿C nos ha dicho? Don Ricardo... *(Haciendo memoria.)* ¡Vent

AUR. ¿Ventura?

PET. Eso creo. No sé. *(A doña Valentina, que sale p izquierda.)* Oye, mamá... ¿Cómo es el apellido de ese señor nos ha presentado Perdiguero?

VAL. Ventura, ¿no?

PET. *(A Aurea.)* ¿Ve usted?

AUR. Sí, sí... Puede ser; pero lo dudo, Petrita.

VAL. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

PET. Que dice Aurea que ese señor es Valcárcel, el nove

VAL. Y tiene razón. ¡Valcárcel es! Seguro. ¡Valcárcel, cárcel! Ya decía yo que me era una cara conocida.

AUR. Lo habrá usted visto mil veces retratado en lo riódicos.

VAL. Pero si, además, parecemos tontas, Petrita. ¿No tú que Perdiguero es el secretario de Valcárcel?

PET. Verdad que sí.

VAL. Y estando aquí Perdiguero, ¿con quién iba a est

PET. ¿Con Valcárcel?

VAL. ¡Claro!

PET. Lo que no comprendo, mamá, es la presentación nombre supuesto.

VAL. A lo mejor es que quiere pasar de incógnito. ¡V saber! Estos artistas son tan raros... Quien puede que est terada es doña Rosario... *(Hablando desde el pie de la esca con doña Rosario, que se supone que está dentro de la casa.* ña Rosario, ¿quiere usted hacer el favor un momento? *(P izquierda, sale doña Rosario.)*

ROS. Con mucho gusto.

PET. *(A Aurea.)* Así saldremos de dudas.

VAL. Venga usted acá, doña Rosario. *(La lleva hacia recha, la hace sentar, y luego Aurea, Petrita y doña Val se sientan también, rodeando a doña Rosario.)* Siéntese uste nosotras un ratito, y díganos usted qué razón hay para q nuevo huésped nos haya ocultado su verdadero nombre.

ROS. *(Abriendo mucho los ojos.)* ¿Cómo?
VAL. Sí, sí, doña Rosario, no abra usted los ojos, ni se nos
stre sorprendida. Sabemos que ese señor no se llama don
rdo Ventura, sino don Ricardo Valcárcel.
ROS. ¿Quién lo ha dicho?
VAL. Aurea.
ROS. ¡Madre del Amor Hermoso! ¡Con esto no contaba Ri-
o!
VAL. ¿Luego confiesa usted?
ROS. ¿Y qué remedio, doña Valentina?
VAL. Perfectamente. Supongo que ya no tendrá usted reparo
ecirnos...
ROS. ¿El por qué de la suplantación? Lo ignoro. Rarezas
s, manías... El deseo de no tener que alternar con personas
ñas. No sé. Ricardo siempre fué muy hurón y muy enemigo
odo trato social.
VAL. ¿Usted le conoce hace ya tiempo?
ROS. Desde niños nos conocemos. Somos aproximadamente,
misma edad y casi nos hemos criado juntos. Su madre y la
eran íntimas, vivíamos en la misma casa...
AUR. Y ¿no tiene familia don Ricardo?
ROS. La tiene, hija mía, pero como si no la tuviera.
AUR. ¿Cómo es eso?
ET. ¡A ver! Cuente usted, doña Rosario.
VAL. Nos interesa mucho.
ROS. ¡Pero, por Dios, que no se les vaya a ustedes a esca-
on nadie, y menos con él!...
AUR. Descuide usted.
ET. ¡No faltaba más!
VAL. Seremos una tumba.
ET. ¡Tres tumbas!
AUR. Casi un cementerio.
ROS. Si él supiera que yo contaba estas cosas era capaz de
rme...
ET. ¡Otra tumba!
VAL. Pero, ¿por quién lo va a saber?
ROS. *(Mirando inquieta hacia la izquierda.)* No vaya a venir.
AUR. No viene, doña Rosario.
ROS. ¡Estoy en ascuas!
ET. ¡Hable usted!
VAL. ¡Cuente usted!
ROS. ¿Qué quieren ustedes que les cuente? Que este mucha-
muchacho digo yo; siempre la costumbre de creer que el
o no pasa—, es un santo, un santo. A los veinte años se
sin padre, sin dinero y con una carga de familia a sus ex-
s, y él solito, se marchó a Madrid, y a fuerza de luchas y

privaciones, consiguió sacar su casa a flote. Y cuando el regresó a Málaga, con ánimo de llevárselos a todos con encontró con la desagradable nueva de que sus hermanas, ria y María Teresa, habían determinado ingresar en un conv y que su hermano Gabriel, el menor de los cuatro, había de la casa con una mujer despreciable, y andaba por ahí, do, entre gente de la peor condición. ¡Un espanto! Deshec hogar, asqueado y entristecido por el proceder de sus herm cogió a su madre, y con ella se volvió a Madrid; y a su cu y atenciones ha consagrado su vida, hasta hace pocos mes que Dios, al llevársela a su seno, le ha dejado para siempr consuelo de nadie. ¡Y esta es su historia!

VAL. ¡Bien triste, por cierto, doña Rosario!

AUR. Algo de eso cuenta él en su novela «Madre Marí Mar». El episodio de las hermanas es idéntico.

VAL. Pero ha debido hacer dinero.

ROS. ¿Ricardo? Seguramente. Dinero que pasará a ese gano que le acompaña.

PET. ¿A Perdiguero?

ROS. Le quiere como a un hijo.

VAL. ¡Ya lo oyes, Petrita!

PET. ¡Ya lo oigo, mamá!

AUR. Todavía puede casarse.

ROS. ¿Quién? ¿Ricardo?

AUR. ¿Por qué no?

VAL. Es joven... ¡Vamos, no es viejo!

ROS. No es viejo, pero me parece que no hay quien lo

VAL. Eso será hasta que le entre alguna por el ojo.

AUR. ¡Un buen partido para usted, doña Valentina!

VAL. ¡No es malo, Aurea!

AUR. Y si a Petrita le gusta Perdiguero, todo puede q en casa.

VAL. Se pensará, se pensará... ¡No crea usted que lo h echar en saco roto!

ROS. ¡Pero, doña Valentina! ¿Usted?...

VAL. ¡Pero, doña Rosario! ¡Yo! ¿Es algún disparate? C que había usted puesto en él sus miras y teme usted la co tencia?

ROS. ¡Por Dios!

VAL. ¡Con franqueza!

ROS. ¿Quiere usted callar?

VAL. ¡Las cartas boca arriba! Mientras más amigas, claridad.

ROS. ¡Vamos, vamos!

AUR. *(Después de mirar hacia la izquierda.)* ¡Silencio, viene!

)S. *(Azoradísima.)* ¡Por Dios! Hablemos de otra cosa; o se imagine que nos ocupábamos de él...

L. ¡Oye, Petrita!... *(Por la izquierda sale don Ricardo y l jardín.)* ¿Te parece buen momento para enseñarle a Au- e punto que tú sabes?

T. ¡Magnífico, mamá! Si ella quiere...

R. ¿Por qué no? Con mucho gusto.

L. ¿Subimos a mi cuarto?

R. Lo que ustedes dispongan.

L. ¡Pues, vamos! ¡Hasta ahora, doña Rosario!

)S. Hasta ahora. *(Aurea y Petrita se marchan por la iz- a, doña Valentina se fija en don Ricardo, que se ha puesto ar los periódicos.)*

L. (¡No está mal de figura, ni muchísimo menos! Valen- iráldez de Valcárcel. ¡Me suena! ¡Por mí no ha de que- *(Vase por la izquierda.)*

)S. ¿Deseabas algo, Ricardito?

C. Nada; aspirar el aire perfumado del jardín mientras Perdiguero. Pero tú, anda a tus cosas, no me hagas la En tu casa no soy ahora mas que un huésped, un hués-

)S. En mi casa no podrás ser nunca mas que lo que has iempre: un amigo, un verdadero amigo.

C. Conforme y agradecido, pero no te preocupes de mí, preocupes. ¡Anda, Rosarito, anda a lo que tengas que

)S. Con tu permiso, Ricardo.

C. Tú lo tienes, mujer, tú lo tienes. ¡No me gastes cum- ! *(Vase doña Rosario por la izquierda. Don Ricardo se coge un periódico y se pone a leer. Pausa. Por el foro apa- erdiguero, con el abrigo al brazo y unas cuantas cartas en no.)*

R. ¡Qué día, don Ricardo, qué día! ¡Y qué sol! A cator- enero y a cuerpo gentil por esas calles. ¡En qué tierra fué a nacer! ¡Qué paraíso! Le digo a usted que estoy encan-

C. Lo creo. Aunque tú necesitas poco para encantarte, Per- o.

R. ¿Lo dice usted por lo de Petrita?

C. Lo digo por todo, secretario. ¡Y son los años! ¿Reco- l correo?

R. Aquí lo tiene usted.

C. *(Sin tomar las cartas que Perdiguero le presenta.)* Pues y no me consultes. Tú contestas lo que tenga contestación s al cesto de los papeles lo que no la tenga. Piensa que no saber nada y que nada me importa; que he vuelto a Má-

laga, al cabo de veintitantos años de ausencia, buscando tra
lidad y sosiego para mi espíritu...

PER. Lo sé, lo sé.

RIC. Y no es justo que esta paz, en que pretendo vivi
perturbe ningún majadero con sus impertinencias.

PER. Lo que noto, don Ricardo, es que, de algún tiem
esta parte, se le va a usted agriando el humor de una for
¡Usted, que antes era todo bondad y todo complacencia!

RIC. ¡Los años, Perdiguero; la vejez, que se aproxima
cambia a uno por completo!

PER. ¡La vejez! Siempre está usted a vueltas con la
y con los años, como si se tratase de un carcamal que ya n
viese para nada. ¡Esa es otra manía! Yo tengo la segurid
que si usted, en lugar de ser tan... ¡Así! Tan... ¡Vamos! T
¡Caray! Si me oyese un autor festivo diría que estaba dan
hora. Tan, tan, tan. ¡Las tres!

RIC. ¡Acaba, Perdiguero!

PER. Pues, eso; que si usted, en vez de ser tan descui
te—¡ya encontré la palabra!—, tan a la pata la llana, fuese
un señor, como hay muchos, de los que se componen y se
glan, todavía podía dar ciento y raya a más de cuatro p
presumidos.

RIC. Eso lo ves tú con los ojos de la secretaría.

PER. ¡Don Ricardo!

RIC. Pero tu jefe, que no se paga de alabanzas a su
sabe muy bien que quien, como él, está para doblar el cab
Buena Esperanza—los cincuenta años—, no es justo que se
cale, como tú le aconsejas.

PER. Bueno, bueno. ¡Lo dicho, querido jefe: se le ag
usted el humor por días! Y no son los años, ni la vejez,
usted supone; es la soltería la que le va a usted volviendo
ñón y cascarrabias. ¡Usted debía casarse, don Ricardo!

RIC. *(Asombrado.)* Pero, ¿tú estás loco, Perdiguero? ¿A
viene eso ahora? No me casé en mi mocedad y ¿quieres
me case cuando más estoy para sopitas y buen vino, que
pensar en ganar la voluntad de una mujer? ¡Anda, anda, d
cha tu correo y acaba pronto, que nos vamos a ir, antes d
morzar, dando un paseíto por la playa hasta el Palo. ¡Hay
aprovechar el día que hace!

PER. ¡Como que hay que verlo, don Ricardo! Al sol, has
suda. ¡Y pensar que en Madrid estarán ahora a cuatro
cero!... Mi tierra es, pero en ese aspecto del clima no s
puede soportar. *(Se sienta a leer las cartas, un poco distan
de don Ricardo; éste vuelve a la lectura del periódico. Perdig
a la mitad de la primera carta, suspende su lectura para ha
una pregunta a don Ricardo.)* ¿Sabe usted si ha bajado Pet

RIC. *(Sin levantar la vista del periódico.)* No sé nada, secre-
.
PER. Usted dispense. *(Vuelve a la lectura de la carta para enderla en seguida, al ver a María de la Luz, que sale por quierda.)* Quien lo debe saber es María de la Luz. *(Dirigién- a María de la Luz.)* ¡Oye, María de la Luz!
LUZ. Diga usté, señorito.
ER. ¿Ha salido la señorita Petra?
UZ. No, señó, que está en su cuarto, con su madre, ense-ole a la señorita Aurea una nueva labó de gancho.
ER. ¿A la señorita Aurea? ¿Quién es la señorita Aurea?
UZ. ¿Quién va a sé la señorita Aurea? ¡La señorita Aurea! , esa señorita tan guapa... ¡La maestra!
ER. ¡Ah, ya! ¡La señorita de Lámbarri! ¿Se llama Aurea?
UZ. Aurea se yama.
ER. No lo sabía. Dispensa, mujer.
UZ. Y como de eso entiende tanto la señorita Petra...
ER. ¿De qué?
UZ. De labó de gancho. ¡Digo! Por usté mismo podrá usté la prueba.
ER. ¡María de la Luz!
UZ. ¿Señorito?
ER. ¡Nadie te ha autorizado para que te tomes esas li-es!
UZ. No, ¿verdá? ¡Pos ándese usté con ojo, que no es migo er que previene!
R. *(Volviendo la espalda a la chica.)* ¡Vamos, hombre!
Z. ¿Manda usté arguna cosa más?
R. ¡No mando ninguna cosa más!
Z. ¡Que usté se conserve tan güeno, señorito! *(Lo mira s de Caín, suelta una carcajada y se marcha por el foro.)*
R. *(Algo mosqueado.)* ¡Y encima se va riendo! ¡De mí, lmente!
C. ¡Naturalmente!
R. No veo por qué. ¡Me he lucido! ¡Qué descaradas son criadas andaluzas! ¡Bueno, hombre, bueno! *(Don Ricardo tapándose la cara con el periódico, de la cómica indigna- su secretario. Perdiguero se enfrasca en la lectura de las Pausa. Don Ricardo dobla el periódico, lo deja sobre la se levanta y se dirige a Perdiguero.)*
. ¿Qué? ¿Trae alguna novedad la correspondencia?
R. Ninguna, don Ricardo. El editor, que escribe apre- para que se le envíen las últimas cuartillas de la nove- a carta del representante de Fe, en Bogotá, dándole a l pésame por la muerte de su madre, y unas líneas de na anunciándole que en la próxima sesión de la Academia

Española será usted propuesto para ocupar la vacante de zano, cosa que nosotros sabíamos antes de salir de Madrid tal, nada!

RIC. ¿Cómo nada? Hay que dar las gracias al de por el pésame, a Quintana por la noticia y enviar al edi cuartillas que pide. ¿Cómo nada, secretario?

PER. ¡Caramba! Pues, ¿no decía usted que no querí parse de estas cosas?

RIC. Es que luego he pensado que si no me ocupo yo de tú no te has de ocupar, ya que para ti, en la ocasión pr sólo tiene importancia el saber si ha salido o no la s Petra.

PER. ¡Don Ricardo!

RIC. Anda, anda; escribe esas contestaciones y sube cuarto a recoger las cuartillas para hacer con ellas un p y mandárselas a Bermúdez. ¡No sólo para el amor v hombre!

PER. Ya, ya. *(Se encamina Perdiguero hacia la izq cuando de la casa sale Aurea, cruza majestuosamente la y desaparece por la derecha. Al pasar por delante de don R y Perdiguero, hace un saludo con la cabeza, al cual corres ellos de igual forma.)*

RIC. *(Cuando Aurea ha desaparecido.)* ¡Qué prenda de es esta señorita Primavera!

PER. Pero, ¿por qué le llama usted la señorita Prim

RIC. ¡No lo sé! Al cruzar junto a mí hace poco, cuan gamos al hotel, me dejó tal perfume, tal sensación de ju y de belleza que, sin yo mismo darme cuenta, la bauticé c título: la señorita Primavera. ¡Y así debiera llamarse como ella, es tan gentil y encantadora!

PER. Pues se llama Aurea, don Ricardo. ¡Aurea Lán Acaba de decírmelo María de la Luz.

RIC. ¡Aurea! Hasta el nombre es evocador de mi miento. ¡Aurea! Dorada. ¡La ilusión, la juventud, la vera!

PER. *(Con un gesto malicioso.)* Me parece a mí, d cardo, que idealiza usted demasiado el tipo de la seño Lámbarri.

RIC. Y, ¿no lo merece? ¡Qué finura ¡Qué distinción l ¡Qué atractivo tan singular en toda su persona!

PER. ¿Quiere usted que se la presente? Yo no la c pero con decírselo a Petrita...

RIC. De ninguna manera, secretario. ¡Anda a lo tuyo te espero.

PER. Usted manda, don Ricardo. Bajo en seguida.

scalinata y entra en la casa. Dentro de la casa, a poco de r Perdiguero, se oyen risas de mujer y la voz de Petrita.)

IC. *(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¡Adiós correspon-a! ¡Acaba de tropezarse con Petrita! ¡Ya tenemos ocu-n para toda la mañana! *(De la calle, por el foro, entran a de la Luz y Piñita. Piñita es un hombre de cincuenta pero que representa muchos más. Tiene el pelo y el bigote blancos. Es cobrador del Banco de España. Viste uniforme ño azul con botones plateados y gorra con galones. En la lleva una cartera con las letras y sobre el hombro derecho quito con el dinero de la cobranza.)*

UZ. *(A Piñita, que al entrar en escena se descubre.)* Pase y espérese aquí, que voy a yamá a la señora. *(Vase por la rda y entra en la casa.)*

Ñ. Buenos días.

C. Buenos días. Siéntese, si quiere.

Ñ. *(Sentándose.)* Con permiso. *(Suelta el saquito sobre sita, pero conserva en la mano la cartera con las letras.)*

C. *(Reconociendo en este momento, trémulo de emoción al te.)* (¡Caramba, Piñita! ¡Si es Piñita! ¡Qué cambiado qué venido a menos! Aun cuando me mira fijamente, no conoce como yo le he reconocido.) *(Lo vuelve a mirar, Pi- a cada mirada de Valcárcel, se mira a sí propio, creyendo s miradas de don Ricardo obedecen a que lleva algo extraño persona. Piñita se sacude dos motas, saca el pañuelo y se iega por la cara, se arregla el uniforme, se abrocha un bo- e lleva desabrochado, pero como las miradas de Valcárcel en, Piñita, sin saber ya qué hacer, se muestra muy ner- desasosegado. Don Ricardo continúa su monólogo.)* (Sim- Piñita! ¿Qué habrá sido de él en tanto tiempo? ¡Cuánto mos divertido juntos!... Verle ahora así, tan humilde y con aquel genio que tenía, que era el mismo demonio... ! ¡Piñita!...)

. *(Encarándose con don Ricardo.)* Diga usté, caballero, tengo yo monos en la cara?

. (¡Ya saltó, ya saltó!)

. Porque, vamos, me está usté poniendo nervioso con irarme y remirarme. ¿Es que no ha visto usté nunca brador del Banco? Pues todos somos lo mismo y llevamos uniforme. Con que no sé qué puede extrañarle en mí. sté, señor mío? ¡Que es ya mucho fastidiar esa insisten- ! ¡Pues hombre!...

. *(Con dulzura.)* No se enfade usted, señor Piña. Le rque me ha parecido reconocer en usted a un viejo ro y en esa acometividad que ha puesto usted al hablar- visto con alegría que no me he equivocado. ¡Es usted

Piñita, el bravo Piñita, hecho de la piel del diablo! ¿N cierto?

PIÑ. Sí, señor; yo soy Piñita, como usté dice. José para servirle; pero, usté, ¿quién es?

RIC. ¿No me recuerdas?

PIÑ. No, señor.

RIC. ¿Que no me recuerdas, Piñita?

PIÑ. No, señor. Es decir, espere usté... *(Le observa d damente sin resultado positivo. Saca unas gafas para verl jor y tampoco.)* ¡No, señor!

RIC. ¡Pero, hombre!... ¡Valcárcel! ¡Tu amigo Valc ¡Ricardo!

PIÑ. *(Emocionadísimo se acerca a don Ricardo y le co manos, cayéndosele la cartera al suelo y desparramándos letras.)* ¡Cristo! ¡Valcárcel! ¿Tú?... ¿Usté?... ¡Santo Dio letras! *(Desistiendo de recogerlas.)* ¡Bueno, que se fastidi letras! ¿Tú? ¡Valcárcel! ¡Chiquillo! Pero, ¿tú?... ¡Qué al

RIC. ¡Sí, hombre, yo, yo mismo!

PIÑ. ¡Déjame que te abrace! ¿Me permitirás que te

RIC. ¡Pues no faltaba más!

PIÑ. *(Con humildad.)* Es que estás tú tan alto y yo tan

RIC. ¡Tendría que ver, que amigos de la infancia tutearan!

PIÑ. Gracias, hombre; te agradezco esa prueba de a No todos son lo mismo. Hay quien, como Borrego—¿te das de Borrego?—, que ha llegado a ser Presidente de la tación, por méritos de su mujer—¡Borrego! ¡bien puesto el apellido—, me encuentra en la calle y me obliga a dar tamiento. ¡Pero tú, habías de ser tú! ¡El grande, el poder magnánimo! ¡Cristo Dios y qué alegría me has dado! Y haces aquí? ¿Cuándo has venido?

RIC. Esta mañana.

PIÑ. Y, ¿cómo no se ha sabido? ¿Cómo no se ha a do?... ¡Ah, comprendo! Tierra ingrata y despreciable, se de envidiosos... ¡Comprendo!

RIC. No comprendes nada, Piñita.

PIÑ. ¡Pero yo lo diré, yo lo diré!

RIC. Tú callarás, Piñita, callarás, porque yo te lo s *(Obligándole a sentarse y sentándose él también.)* Y h de ti, cuéntame de ti. Me interesa mucho saber cómo v de qué vives.

PIÑ. Pues, hijo...

RIC. ¿Te casaste?

PIÑ. Me casé.

RIC. ¿Con Gloria?

PIÑ. Con su hermana.

RIC. ¿Cómo?

PIÑ. Reñí con Gloria y me casé con la hermana, en mala
, porque Gloria murió y la hermana vive.

RIC. ¡Piñita!

PIÑ. ¡Pata pijotera! ¡Hasta en eso la erré! A estas horas po-
yo ser viudo libre y no que sigo siendo casado y mártir. ¡Pata
era! Tú, en cambio, para acertarlo todo, lo has acertado
a en eso.

RIC. Y, ¿habéis tenido hijos?

IÑ. Dos: un varón y una hembra. El varón me lo mataron
Melilla ahora hará tres años. ¡Hijo de mi alma! La hembra
só y conmigo vive, porque mi yerno que, dicho sea sin ánimo
fenderle, en lo tocante a comer es una fiera, en lo tocante a
jar se asusta de mover un brazo y no gana para mantenerla.
vago que es, ni las uñas le crecen!

IC. ¡Pobre Piñita!

IÑ. ¡Pobre! ¡Y tan pobre! ¡Más que las ratas y que las
as benditas!

IC. ¿Llegaste a terminar la carrera?

IÑ. No.

IC. ¿Y eso?

Ñ. ¡Azares de la suerte! El padre se arruinó en la tienda,
on tiempos malos y hubo que dejarlo todo para arrimar el
ro a la casa. Algo parecido a lo tuyo. Por recomendaciones
ne busqué, pude colocarme en el Banco, de cobrador, y en
nco estoy hace ya más de veinte años. ¡Y menos mal!

C. ¡Seguro! Así, pues, no habrá que preguntarte si aban-
te la literatura. Me figuro que sí.

Ñ. Pues te equivocas, porque todavía en los ratos perdidos
versos, malos, como míos, pero los hago.

C. ¿Te acuerdas cuando escribíamos juntos, el uno frente al
en una de las mesas del café «El Senado»?

Ñ. ¿Y quién puede olvidarlo?

C. Tú emborronabas las cuartillas componiendo aquel dra-
o pretendía darle forma a aquella novela...

> Por mi fe yo te juro, caballero,
> que pagarás bien cara tu osadía;
> que atreverse a dudar de mi hidalguía,
> es ponerse al alcance de mi acero.

s versos son tuyos, de tu drama.

. En efecto, míos son. ¡Qué memoria! Yo, ni los recor-
quiera.

. ¡Eras un poeta! ¡Qué tiempos, Piñita!

. ¡Qué tiempos! *(La nube de oro de la juventud pasa por*
os dos, envolviéndolos en su celaje y dejándolos silenciosos

un momento. Pequeña pausa. Por la izquierda, baja María d
Luz.)

LUZ *(A Piñita.)* La señora, que entre usté. Estaba ocupá
he podío darle er recao hasta ahora. ¡Que entre usté!

PIÑ. Voy, voy al momento. *(María de la Luz se marcha p*
último término de la izquierda, detrás de la casa.) Con tu pe
so, Ricardo.

RIC. ¡Anda, anda a lo tuyo!

PIÑ. *(Recogiendo del suelo la cartera con las letras.)*
¿adónde habrá ido a parar la letra de esta señora? ¡Vaya
a saber! *(A don Ricardo.)* No te irás, ¿verdá?

RIC. Te espero, te espero. ¡Anda, Piñita!

PIÑ. Ahora bajo. *(Revolviendo los papeles de la cart*
¡Pues, señor, que no encuentro la letra! *(Vase por la izqui*
sube la escalinata, y entra en la casa. Por la derecha sale A
leyendo un libro, don Ricardo la mira.)

RIC. (¡La señorita Primavera otra vez! ¿Qué extraño
miento se despierta en mí a su sola presencia?) *(Aurea, q*
encamina hacia la casa, al ver salir a María de la Luz, que
bién se encamina hacia el hotel, se detiene y la llama.)

AUR. María de la Luz, ¿vas arriba?

LUZ. Sí, señora. ¿Quería usté argo?

AUR. Que le digas a la señorita Petra que la estoy espe
en el jardín.

LUZ. Está mu bien. *(Aurea se vuelve a marchar por la*
cha, y María de la Luz entra en la casa. Don Ricardo sigu
sus miradas a Aurea.)

RIC. *(Por Aurea.)* ¡Tiene majestad, aire de reina! *(A*
ta, que baja por la izquierda.) ¿Te marchas ya, Piñita?

PIÑ. Sí, hijo. ¡Quédate con Dios! Me he entretenido
más de la cuenta. Ya vendré otro día. Quiero que conoz
los míos y que ellos te conozcan a ti.

RIC. Con mucho gusto.

PIÑ. *(Con satisfacción.)* ¡Verás qué hija tengo! *(Camb*
el tono de satisfacción por otro de amargura.) ¡Y qué m
¡Diferencia va de una a otra!

RIC. ¡Adiós, Piñita!

PIÑ. ¡Adiós, Ricardo! ¡La alegría que me has dado
lo sabes tú bien! ¡Un abrazo!

RIC. ¡Y mil! *(Se abrazan con efusión.)* Te acompaño
la puerta.

PIÑ. *(Con emoción.)* No te molestes, hombre, no te m
por mí. ¿Quién soy yo ni qué valgo yo para que tú...? ¡
Ricardo, adiós! Llorando voy y nunca he estado más co
¡Vejez! ¡Vejez! *(Vase por el foro.)*

RIC. *(Cuando Piñita se ha marchado.)* ¡Adiós, Piñita

supieras cuantas cosas me has traído a la memoria!... *(Don* *cardo suspira y se marcha por el último término de la derecha.* *usa. Por la izquierda, salen de la casa, charlando alegremente,* *trita y Perdiguero.)*

PER. ¡Buena peluca me va a echar don Ricardo, cuando vea e no he escrito las cartas!

PET. No se preocupe usted, que con la que le tenemos pre-ada, se le olvidará todo.

PER. ¡Ah! ¿Sí?

PET. ¡Vaya una encerrona!

PER. Dígame, dígame.

PET. En primer lugar, lo que tengo que decirle es que es d un mal amigo mío, Perdiguero.

PER. ¡Petrita!

PET. ¡Un mal amigo! Callarme un secreto cuando pretende d ganar mi confianza, es un mal sistema.

PER. Pero, Petrita, yo...

PET. Ya sé que usted no tiene culpa. Ahora, que todo ha inútil. Están ustedes descubiertos. Es decir, está descubier-u jefe, don Ricardo Valcárcel, que era el que quería perma-r en la sombra. Ya no le sirve guardar el incógnito. Sabe-quién es y se lo diremos a él en persona.

PER. *(Aterrado.)* ¡Por Dios, Petrita! ¿A él? ¡A ver si cree he sido yo y...!

ET. Usted no se preocupe.

ER. ¡Ah, bueno, bueno!

ET. Claro es que todo estaba bien preparado por ustedes, nó contaron con la huéspeda. Y la huéspeda, en este caso, do Aurea, que es una mujer muy instruída y muy aficionada r libros y revistas, y que, cuando menos por fotografía, co-a todo bicho viviente. Ella fué la que nos dió la voz de alar-y la que nos dijo:—ese señor de las gafas de concha, que se llamar don Ricardo Ventura, es don Ricardo Valcárcel, el novelista, autor de... *(Se detiene un momento queriendo re-r algún título de las obras de Valcárcel, pero como la me-le es infiel, se decide a confesar la verdad.)* Aurea ha leído sus libros; yo, ninguno, pero los leeré. Mañana mismo iré nprarlos a la librería de González Anaya, y se los daré a Ricardo para que me los dedique y me los firme. ¿Qué tal?

R. Me parece muy bien. Al que puede que no se lo parezca, don Ricardo.

T. ¡Pobre señor! Es un bendito. Desde que sabemos quién una amiga suya nos ha contado su historia, sentimos por él ecto y una simpatía, que estamos rabiando por hablarle. ndre sobre todo! Aquí llega Aurea. ¡Aurea! *(Por la dere-le Aurea.)*

AUR. ¡Podía yo estarla esperando en el jardín, Petrita!
PET. ¡Ah, sí, es verdad! Perdone usted. Me entretuve blando con Perdiguero. *(Presentándolos.)* Don José Perdigu secretario del señor Valcárcel; la señorita Aurea Lámbarri.

PER. A sus pies.

AUR. Tanto gusto.

PET. Le estaba diciendo a Perdiguero que, gracias a u habíamos descubierto la verdadera personalidad de don Rica

AUR. ¡Ah! ¿Sí? Supongo que no le disgustará.

PER. No creo... *(Por la izquierda sale de la casa doña lentina.)*

VAL. Oye, Petrita, ¿es que nos vamos a pasar la mañan el hotel? ¿No damos nuestro paseo?

PET. Sí, mamá; ahora mismo. *(A Aurea.)* Me parece es esta la ocasión para darle el susto a don Ricardo. ¿No, rea? *(A Perdiguero.)* Usted, Perdiguero, tenga la bondad de mar a su jefe.

PER. ¿Cómo? ¿Yo? ¡Ah! Pero, ¿he de ser yo?

PET. Nadie más indicado. Usted le llama y luego ya p raremos nosotros dejar a salvo su responsabilidad.

PER. ¡Ah, bueno, bueno! (Está visto que esta mujer ha mí lo que quiera.)

VAL. Pero, escucha, Petrita, si para Perdiguero es un promiso...

PET. ¡Ninguno, mamá!

PER. Ya lo oye usted; ninguno. (¡Pierdo la secreta ¡Ninguno! *(Yendo hasta el último término derecha y llam a don Ricardo, a quien se supone paseando por el jardín.)* Ricardo! Si me hace usted el favor... *(A Petrita.)* ¡Ya v *(Por el último término derecha aparece don Ricardo Valcá* Estas señoras, que deseaban... *(La cara que pone don Rica la mirada que le dirige a Perdiguero, hacen a éste perder el y la serenidad, pero la sonrisa que le brinda Petrita es sufi para obligarle a consumar su propio sacrificio.)* (¡Dios mío cara ha puesto! Pero, Petrita me sonríe... ¡Acabaré de con el sacrificio!

«Por una mirada, un mundo;
por una sonrisa, un cielo...»)

(A don Ricardo.) A doña Valentina y a Petrita ya las c usted. *(Presentándole a Aurea.)* La señorita de Lámbarri. (*le ofrece su mano, que don Ricardo estrecha.)*

RIC. Muy complacido al conocerla.

VAL. Esto, realmente, es un atraco, señor Válcárcel.

RIC. *(Como si le hubieran puesto una corriente eléc* ¿Cómo? *(Aurea, doña Valentina y Petrita se ríen. Don R mira airadamente a Perdiguero y éste hace gestos de disc*

VAL. *(Con ironía.)* Señor Valcárcel. Sabemos que es usted
ı Ricardo Valcárcel, el novelista insigne, aun cuando usted,
destamente, haya querido ocultar su nombre. *(Nueva mirada
don Ricardo a Perdiguero y nuevos gestos de éste.)*
PER. ¡Yo, no; yo, no!
VAL. *(Señalando a Aurea.)* Esta señorita nos lo ha revelado.
RIC. *(Cambiando su ceño de mal humor por un gesto de
cada complacencia.)* ¿Usted?
AUR. Perdón, si con ello he podido causarle una molestia.
PER. *(Viendo el sesgo que toma la conversación.)* Ahí don-
a tiene usted, es una asidua lectora de sus obras, don Ri-
o.
RIC. *(Cada vez más complacido.)* ¡Ah!
PET. Y nosotras también. Prueba de ello que mañana vamos
mprar todos sus libros para que usted nos los dedique.
RIC. ¿Mañana los van a comprar? *(Con ironía.)* ¡Buenas
ras!
VAL. Y a mí, por lo menos, señor Valcárcel, y perdone usted
nfianza, ha de ponerme unos versos en un abanico.
IC. Todo se andará. Todo se andará. Será usted servida.
ando a Petrita.) Es muy guapa su hija.
AL. *(Esponjada.)* ¡Por Dios! ¡Saluda, Petrita!
IC. ¡Muy guapa! *(Brindándoselo a doña Valentina.)* ¡Tiene
en salir!
AL. Favor que usted le hace. *(A Petrita, que baja la vista
elo.)* ¡Tonta! No te pongas colorada.
ET. *(Ruborosa.)* ¡Mamá!
AL. *(A don Ricardo.)* Es muy vergonzosa y muy tímida.
C. *(Con la intención de un miura.)* Y... ¿a quién ha salido?
AL. *(Sin comprender el puyazo.)* A su padre, que era una
.
C. ¡Ya!
R. Don Ricardo, estas amiguitas tenían proyectado ir a dar
seo antes de comer...
C. ¡Ah! Pues, por mí, que no se priven...
L. ¡Por Dios, Perdiguero! Gustosísimas nosotras...
R. No, no, si lo decía porque como también don Ricardo
a pasear, podíamos ir juntos... *(Don Ricardo se lo quiere
con los ojos.)*
L. ¡Encantadas!
T. ¡Ay, sí, sí!
C. (¡Pero este secretario es un miserable!...)
R. Así, con tan agradable compañía, será más grata la ex-
. ¿No, don Ricardo?
C. *(Tascando el freno.)* ¿Quién lo duda? (¡Lo mando a
l en el primer tren!) Pero, ¿y las cuartillas para el editor,
iero?

PER. ¡Se envían mañana!

RIC. *(Con una calma precursora de tempestad.)* Confo conforme. Mañana se enviarán. ¡Tú las llevarás a la mano!

PER. *(Asustado)* ¿Cómo?

RIC. ¡Ya hablaremos de eso!

PER. ¡Pero, don Ricardo...!

RIC. (¡Toma paseíto! ¡Toma paseíto!)

PER. ¡Petrita, por Dios, influya usted!... ¡Me quiere ma a Madrid!

PET. ¡Usted no se preocupe!

PER. ¡Ah, bueno, bueno!

RIC. *(A Aurea.)* ¿También es usted de la partida?

AUR. ¿Por qué no? ¡Con mucho gusto!

VAL. *(Animándolos a todos.)* ¡Vamos, vamos! *(Por l quierda de la casa sale doña Rosario.)*

PET. Y ¿adónde vamos? ¿Al Pedregalejo, a la playa, al P

RIC. Lo que ustedes dispongan.

PER. *(A Petrita.)* Vayamos donde vayamos, don Ricard al «palo». ¿No ve usted qué cara?

ROS. ¿Qué es eso? ¿Se marchan ustedes? A dar un pa ¿eh? A hacer ganas de comer. ¡Me parece de perlas!

VAL. *(A doña Rosario, refiriéndose a don Ricardo.)* No llevamos, doña Rosario.

ROS. Bien hecho. *(A don Ricardo.)* ¿Qué te dije? ¡Ya anuncié! ¡Te has caído, Ricardo, te has caído!

RIC. ¿Quién? ¿Yo? ¡Ca! ¡El que se caído es éste! *(Por diguero.)*

PER. ¡Pero, don Ricardo...!

RIC. *(A Perdiguero.)* ¡Anda, anda! ¡Ya ajustaremos tas, ya ajustaremos cuentas! *(Salen por foro, animadamente, rea, doña Valentina, Petrita, don Ricardo y Perdiguero; es timo haciendo a don Ricardo protestas de su inocencia. Doña sario se queda a la puerta viéndoles marchar. Por el lado op del foro aparece El Desconocido, pálido y descompuesto. Rosario al verle ahoga un grito de sorpresa.)*

DES. *(Dirigiendo sus miradas hacia el sitio por donde s marchado don Ricardo y los demás.)* ¿Eh?

ROS. ¡Gabriel! ¿Tú?

DES. *(Entrando por el foro.)* ¡Doña Rosario!

ROS. ¿Qué vienes tú a hacer aquí?

DES. Es él, ¿verdad? ¿No es él? ¿Mi hemano? ¿Ricar

ROS. Sí.

DES. ¡Quién pudiera abrazarle!... ¡Pero me odia, me od

ROS. ¡Tú lo quisiste!

DES. Y va de luto, ¿no? ¿Por quién lleva luto?

ROS. ¿Y lo preguntas?

DES. ¿Qué? ¿Ha muerto mi madre quizás?

ROS. ¿No lo sabías?
DES. ¡No, doña Rosario!
ROS. Pues, hijo, perdona, pero, ¿cómo suponer que no esta-
s enterado?
DES. ¿Por quién lo iba a saber? El no me lo ha escrito, y yo
me trato con nadie, vivo errante y solo...
ROS. Perdona entonces, perdona.
DES. *(Llorando y echándose de bruces sobre la mesita.)* ¡Qué
ha, doña Rosario, qué pena y qué vergüenza!
ROS. ¡Gabriel! *(Mirándolo con lástima.)* (Llora, está lloran-
.. ¡Pobre! ¡No debe ser tan malo como dicen!) *(El Descono-*
o sigue llorando y doña Rosario lo contempla con ojos de mi-
icordia. Cae el

TELÓN

ACTO SEGUNDO

del hotelito de doña Rosario. Al foro, un gran arco que se-
ara el hall propiamente dicho de una galería de cristales, que
a frente al mar. En esta galería, varias mesitas y sillas de
imbre. En el lateral derecho, primer término, puerta de en-
ada, que comunica al jardín que conocimos en el primer
cto. En segundo término, entre la puerta y el foro, un piano
rrado, con adornos caseros en su tapa superior: castañue-
s con lazos de colores, figuritas, retratos, etc., etc. Al lado
l piano, su correspondiente taburete. En la pared, sobre el
ano, un espejo de regular tamaño, con marco dorado a
ego. En el lateral izquierdo, dando frente al público, el
ranque de una escalera de mármol, de la que se verán cua-
o cinco peldaños y un descansillo, con un paso de alfom-
a, y que se supone continúa en ángulo recto, hacia la iz-
ierda, por el hueco abierto en el muro a la altura del des-
nsillo. Junto a la escalera, en lugares apropiados, unos
cetones con plantas. En el centro de la escena, sobre un
iz, una mesa ovalada, de madera curvada y tapa de már-
l, con servicios de escribir, periódicos y revistas ilustradas.
ededor de la mesa, varias butacas. Aparatos de luz. Suelo
mosaicos. Comienza la acción en las primeras horas de
mañana luminosa y alegre. Se supone que del acto pri-
o al segundo ha transcurrido un día.
ntarse el telón entran en escena, por la puerta de la de-
MARÍA DE LA LUZ, seguida de doña ROSARIO y LAURA.
y doña Rosario vienen de misa, y ambas se tocan con

sendos velitos y llevan en las manos libros de oraciones. La
es una jovencita de veinte años, humilde y callada.

ROS. *(A María de la Luz.)* ¿Qué? ¿Ha ocurrido algo mi
tras hemos estado en la iglesia? *(Se quita el velo, que do
cuidadosamente, dejándolo sobre la mesa.)*

LUZ. Na, señora.

ROS. ¡Más vale así!

LUZ. Doña Valentina y su hija salieron a eso de las d
y un momento antes también salió la señorita Aurea. Don
cardo, que se marchó a las ocho, ha vuerto ahora poquito, y
er comedó se está desayunando. El único que no se ha m
de la casa es er señó Perdiguero, que yeva metío en su cuarto
de las nueve y media, dando unos gritos y diciendo unas c
más raras y manoteando de una forma... *(Pretendiendo im
la actitud de Perdiguero.)* ¡Ah! ¡Sí! ¡Tú! ¡Yo! ¡Ah! ¡
¡Traidora! ¡Tú! *(Volviendo a su tono.)* ¡Como si estuv
representando una funsión!

ROS. Pues, ¿y eso?

LUZ. Yo me he permitido entrá pa preguntarle qué le
saba, ¿sabe usté, señora?, y ér me ha dicho que lo deje, qu
estaba soplando la musa.

ROS. ¿Cómo?

LUZ. Eso me ha dicho ér; pero yo le juro a usté que he
rao hasta por los rincones, y no he visto que le soplara n
¡Pa mí que ese señó no está güeno de la cabesa! A no sé
le yame soplá a... *(Acción de beber.)* ¡Y en ese caso,
que sí!

LAU. ¡Calla, María de la Luz!

ROS. ¿De modo que no ha venido nadie pregunt
por mí?

LUZ. ¡Ah, sí, señora! Se me había orvidao. Un ratito
qués de marcharse usté, ha estao aquí a buscarla er señó es
quien estuvo usté hablando ayé de mañana en er jardín.

ROS. ¿Gabriel?

LUZ. ¡Ese que paese un músico!

ROS. ¿Y qué te ha dicho?

LUZ. Ha quedao en vorvé.

ROS. *(A Laura.)* ¿Lo estás viendo? Pues de hoy no
el que yo le plantee la cuestión a Ricardo.

LAU. ¡Claro, mamá! Y si a ello te has comprometido...

ROS. Sí, hija, sí; pero no sé qué me da de pensar q
niegue. Y se negará; estoy segura. ¡Le conozco bien! A
que tú tienes razón; me he comprometido, y hay que sal
atranco como sea. Y si me falla, le encomendaré el asu
Aurea, en la seguridad de que, si ella no lo consigue de
do, no lo consigue nadie.

LAU. ¡Hay que ver lo amigos que se han hecho en tan poco tiempo!

ROS. Es que Aurea es una mujer muy atractiva... ¡Así está doña Valentina, que se la llevan los demonios!

LAU. ¿Pero es que pensaba...?

ROS. ¡Tú verás! ¡A la vejez, viruelas!

LAU. *(Riéndose.)* ¡Se necesita humor!

LUZ. *(Mirando por la galería, hacia la derecha.)* Aquí sale don Ricardo.

ROS. *(Dándole a Laura el velo y los libros de oraciones.)* Toma, Laurita, hija; haz el favor de dejar esto en mi alcoba. *(Laura se encamina hacia la escalera, y por la derecha de la galería, sale don Ricardo Valcárcel, más atildado y pulcramente vestido que en el acto anterior, pero siempre de luto, procurando demostrar en algunos detalles de su tocado que se preocupa de su adorno personal. Lleva una corbata de lazo, hecho con singular esmero. Su melancólica tristeza se ha trocado en una alegría sana y comunicativa.)*

RIC. Buenos días nos dé Dios a todos.

LAU. Buenos días, don Ricardo. *(Desaparece por la escalera.)*

ROS. ¡Hola, hombre!

RIC. De misa, ¿eh?

ROS. De cumplir con nuestros deberes religiosos.

RIC. ¡También yo! Lo que mi madre grabó en mí, no lo ha borrado el tiempo.

ROS. ¡Eso te honra!

RIC. ¿Y mi secretario? ¿No se ha dado a luz todavía? ¿Se le han pegado las sábanas? ¡Gandúl! No aprovechar estas mañanas de sol, tan hermosas y tan únicas... ¡Qué juventud, Rosario!

ROS. Te equivocas, porque creo que está levantado desde no sé cuándo. Ahora que, según dice la muchacha, se halla dedicado a martirizar a las musas.

RIC. ¿Cómo? ¿No dejarlas descansar ni en domingo? Es una crueldad y una falta de galantería. ¡Que salga aquí inmediatamente!

ROS. María de la Luz, avisa al señor Perdiguero. *(María de la Luz se marcha por la izquierda de la galería.)*

RIC. ¡Qué demonio de chico! Va a concluir en un maniático.

ROS. *(Después de una pequeña pausa.)* Oye, Ricardo...

RIC. *(Sentándose cerca de doña Rosario.)* Tú me dirás...

ROS. Desde ayer estoy queriendo hablarte de un asunto, y no me atrevo.

RIC. ¿Cómo es eso? No atreverte...

ROS. Y tú has de disculpar el que yo me meta donde no me

llaman; pero si lo hago es forzada por las circunstancias y co
vencida de que con ello cumplo un sagrado deber...

RIC. Basta de preámbulos. Acaba ya. ¿De qué se trata?

ROS. Tu hermano Gabriel quiere que lo recibas.

RIC. ¿Qué? *(El rostro de don Ricardo se cubre de una i tensa palidez.)*

ROS. Ayer lo encontré, por casualidad, al cabo de un sig de no verle, y me suplicó que intercediera contigo para que perdonases. ¡Es otro hombre! No lo has de conocer. El pob hasta ignoraba la muerte de su madre. ¡Si le hubieras visto l rar!... Es bueno, es bueno y no hay razón para que tú te obs nes en rehuir...

RIC. *(Con la voz velada por la emoción.)* Rosario... No gas. Yo te estimaré, como un favor señaladísimo, que no digas nada de mi hermano.

ROS. ¡Madre del Amor Hermoso!

RIC. Para mí dejó de existir el día en que huyó de mi ca y no quiero que me hablen de él.

ROS. Pues no te paga el muchacho con la misma mone A él se le llena la boca ponderándote a ti... ¡Al santo de su h mano!

RIC. ¡A él, quizás!

ROS. Entonces, ¿no has de verle?

RIC. Nunca.

ROS. ¿Ni a tus hermanas?

RIC. Tampoco.

ROS. ¡Ricardo!

RIC. Doblemos la hoja, Rosario. Son tristes recuerdos, dormidos en mí, y que no quiero despertar. Mi pobre madre rió llamándoles a ellos, a Gabriel y a las otras... ¡A mí que tenía a su lado, ni me nombró siquiera! Y ese dolor, esa an gura que causaron a mi madre, yo nunca los podré olvidar ni donar. ¡Nunca, Rosario! Doblemos la hoja. ¡Por favor!

ROS. Bueno, bueno. Como quieras. No ha sido mi intenció

RIC. ¡Claro, mujer!

ROS. Si hubiera sospechado...

RIC. *(Levantándose.)* No te esfuerces.

ROS. *(Suspirando.)* ¡Cómo ha de ser! (¡Veremos si Aure más afortunada!)

RIC. *(Paseando.)* (Que se le llena la boca hablando de ¡Ingrato! ¡Ingrato!) *(Por la izquierda de la galería sale Perdi ro, hecho un brazo de mar.)*

PER. Buenos días, mi querido jefe.

RIC. *(Abstraído aún en sus pensamientos.)* ¡Hola!

PER. Perdone usted que no haya venido antes, pero es terminando una estrofa bastante difícil...

RIC. Ya, ya.

PER. Buenos días, doña Rosario.

ROS. (*Ensimismada también en sus pensamientos.*) Buenos
as, Perdiguero.

PER. (*Dirigiendo sus miradas a doña Rosario y a don Ricar-
, sorprendido de ver la actitud de los dos.*) (¡Caray! ¿Qué
urre?)

RIC. Conque versitos, ¿eh?

PER. ¡Pchs! ¡Una cosilla! Por matar el tiempo.

RIC. Y las cartas, sin escribir, y las cuartillas, sin enviarse al
tor... ¡Sí que me he lucido contigo!

PER. Descuide usted, don Ricardo, que hoy, sin falta, que-
á todo despachado.

RIC. Lo mismo me dijiste ayer y me dirás mañana. Al fin y
a postre tendré yo que ocuparme de la correspondencia, si quie-
que mis asuntos marchen como es debido.

PER. No, don Ricardo. ¡Mi palabra, que hoy lo dejo todo
o!

RIC. ¡Ya lo veremos! Y ¿qué has hecho? Sepamos. Lee.

PER. Pero, ¿aquí?

RIC. ¿Qué pasa?

PER. Nada.

ROS. Mire usted, Perdiguero, si le da a usted rubor de leer en
presencia, yo me marcho, que no quiero estorbar.

PER. ¡No, señora! ¡Por Dios! ¡De ninguna manera! Ca-
mente se trata de una composición que pienso mandar a
ndo Gráfico»... ¡Calcule usted! No es eso, no; al contrario.
y honrado yo con que usted la conozca!

ROS. Serán versos a Petrita, por supuesto.

ER. No, señora, no.

IC. ¿Cómo no?

ER. No, don Ricardo, no son a Petrita; aunque, desde lue-
se alude en ellos a Petrita, claro está. ¡Son... a la de Ma-

IC. ¡Canario!

ER. ¡De liquidación de cuentas!

IC. Ya.

ER. No me gusta tener nada pendiente. Y antes de empezar
osa procuro dejar siempre resuelta la anterior. ¿Comprende
?

C. ¡Excelente sistema para que lo empleases también en
retaría!

R. ¡Don Ricardo!

C. ¡Vamos, anda ya! Lee.

R. Con mucho gusto. (*A doña Rosario.*) ¡Veremos si me-
la aprobación del maestro! (*Sacando una cuartilla del bol-
leyendo con mucho énfasis y en tono declamatorio.*) «¡Ni el
cio!»

ROS. ¿Qué es eso?
PER. El título.
ROS. ¡Ah!
PER. «¡Ni el desprecio!»
RIC. Ya lo hemos oído.
PER. Pero lo repito para que no se pierda la idea de la co posición.
RIC. Ya, ya.
PER. «¡Ni el desprecio!»
RIC. ¡Y torna! *(Perdiguero avanza dos pasos, tose un par veces, se tira del puño de la mano derecha, mientras con la quierda sostiene temblorosamente la cuartilla.)*
PER. *(Leyendo.)*

No me importa tu vida miserable
de pecadora, ni me importa nada
que entregues por dinero el adorable
tesoro de tu carne sonrosada.

ROS. *(Haciéndose cruces.)* ¡Jesús, María y José! Yo no d oír esas cosas. Me marcho.
RIC. ¡Caray, Perdiguero, hijo mío!... Pero, ¿con quién te t tas?
PER. ¡Déjenme ustedes seguir y no se marche, doña Rosa que al final puede que le guste!
ROS. ¡A mí qué me han de gustar esas atrocidades!
PER. ¡Un momento! *(Continuando la interrumpida lectu*

Ni me importa tampoco que me olvides
para ser de otros hombres, ni pretende
mi corazón vencer en estas lides
del amor que se compra y que se vende.

ROS. *(Horrorizada.)* ¡Vamos, vamos!... ¡Este muchacho dejado de la mano de Dios!
PER. *(Leyendo.)*

Yo soy un paladín de más altura...

RIC. ¡Alto ahí, Perdiguero! ¿Tú, paladín?
PER. ¡Don Ricardo, por Dios, que así no hay poesía que sista! *(Volviendo a su lectura.)*

Yo soy un paladín de más altura
y sólo puedo consagrar mi vida
al culto de una virgen, blanca y pura...

RIC. (¡Ya apareció Petrita!)
PER. *(Leyendo.)*

¡Y no al amor de una mujer perdida!

RIC. ¡Fuerte, fuerte!

ROS. ¡Vinagre de yema, hijo! *(Aparte.)* (Y ¿a eso le llama
esía este mamarracho?)

PER. *(Leyendo y exaltándose cada vez más.)*

Engaño el tuyo fué si en mi delirio
de necia vanidad pudiste, loca,
pensar que causaría mi martirio
no conseguir los besos de tu boca.

don Ricardo.) Y aquí viene lo bueno.

RIC. ¡Vamos a ver!

PER. *(Leyendo.)*

Que yo te despreciara tú quisieras,
pero no soy tan torpe, ni tan necio.
Yo desprecio a mujeres; las rameras...

RIC. ¡Atiza!

ROS. *(Santiguándose.)* ¡Ave María Purísima!

PER. *(Dando fin a su poesía.)*

¡No alcanzan ni el honor de mi desprecio!

e guarda su cuartilla.)

OS. (¡Jesús, Jesús y mil veces Jesús! ¡Qué desatino!)

IC. Y te habrás quedado descansando.

ER. Sí, señor.

IC. ¡Pues eres un temperamento!

ER. ¿Están mal?

IC. Hombre... ¡No sé! Ripiosos, son ripiosos; vulgarcitos,
gamos, y el lugar común se da con una profusión que, si fue-
go, te hacías millonario.

ER. ¿Total?...

C. Pero suenan, eso, sí; suenan...

OS. Suenan a demonios, Ricardo. Hay cierta palabrita al
.

ER. Ya sé cuál dice usted. Sí, algo cruda resulta; es verdad.
uería haber puesto hetaira, que es más dulce—sabe usted—,
no le encontraba consonante apropiado. Como no fuera Al-
e Guadaira y, francamente, Alcalá no me cabía dentro de la
sición.

C. ¡Claro!

R. Después de todo, para cuatro duros que pagan... ¿Eh,
icardo?

C. ¡Desde luego! ¡Más te has de gastar en árnica!

R. ¿En árnica?

C. Si la interesada lee los versos, no te quepa duda.

R. Es que no se dará por aludida.

C. En ese caso...

R. ¿De modo que aprobados?

C. ¿Qué remedio? Estás tú tan recomendado al Tribunal,
quién te los suspende?

PER. *(Abrazando a don Ricardo.)* ¡Gracias, don Ricardo! Esta misma tarde se los envío al director para ver si salen en el número próximo.

RIC. ¡Y de paso, mis cuartillas, Perdiguero!

PER. ¡Descuide usted!

RIC. Que a ti, con las glorias, se te van las memorias.

PER. *(Radiante de satisfacción.)* ¡Descuide usted, descuide usted! ¡Estoy contento, muy contento! *(Declamando.)*

Altanera me ofendes, ¡oh, infanzona!...

ROS. ¡Más versos, no, Perdiguero!

RIC. Cierra la espita, hijo. ¡Ya está bien!

ROS. *(A Perdiguero.)* Que usted acabará por volvernos locos a todos. ¡Señor, Señor, qué cosas se escriben y se publican! En mis tiempos, los poetas pensaban de otro modo; eran más recatados y galantes. Conservo todavía en la vitela descolorida de un viejo abanico, unos versos que me escribió, siendo muchacha, un tal Gerona... *(A don Ricardo.)* ¿Te acuerdas de Gerona?

RIC. ¡Ya lo creo! Poeta de flor natural en casi todos los certámenes andaluces.

ROS. ¡Aquellos sí que eran versos! Decían así:

Creyendo que era un clavel
tu boca tan encedida,
una abeja distraída
la picó y extrajo miel.

PER. *(Riéndose.)* ¡Huy, extrajo! ¡Qué ripio!

RIC. «La picó, sacó miel, fuese volando...»

PER. Glosa de un madrigal al estilo clásico. ¡También las hago yo!

ROS. Usted, ¿qué ha de hacer, so tarambana?

PER. ¡Anda! ¡Y mejores! Pero eso está ya muy anticuado, doña Rosario. La corriente de los gustos modernos marcha por otros cauces

ROS. Ya, ya sé yo qué cauces... ¡Por las alcantarillas! Todo es basura y podredumbre; no hay un papelucho que se pueda leer sin sonrojarse.

PER. ¡Doña Rosario!

ROS. *(Levantándose.)* ¡Déjeme usted en paz!

RIC. *(A Perdiguero.)* Se ha enfadado...

PER. ¡Pero, doña Rosario!... *(Por la escalera baja Laura, con un traje de casa.)*

LAU. ¿Quieres algo de mí, mamá?

ROS. Nada, hija mía.

LAU. Pues me voy a mi obligación. ¡A la cocina! *(Laura se marcha por la derecha de la galería, y por la puerta de la derecha, entran en escena doña Valentina y Petrita, con trajes de calle.)*

VAL. Buenos días.

PET. Buenos días.
RIC. Felices los tengan ustedes.
PER. ¡Hola, Petrita!
VAL. ¡Qué mañana hace! ¡Qué hermosura! Sudando estoy. Y además vengo desfallecida.
ROS. Pues ande, ande a desayunarse, antes de que sea más tarde.
VAL. ¿Vienes, Petrita?
PET. ¿Quién? ¿Yo? ¿Tomar ahora el desayuno? No, mamá; no podría comer luego.
VAL. Hija, pues yo no me encuentro con fuerzas para esperar hasta la hora de la comida, porque estoy viendo que me va a dar un vahido.
ROS. Ande, doña Valentina, ande.
VAL. Con su permiso, Valcárcel. *(Desaparecen por la derecha de la galería doña Valentina y doña Rosario. Petrita y Perdiguero hablan en voz baja, de pie, cerca de la escalera. Don Ricardo se queda contemplándolos un punto, tose para ver si notan su presencia, y, en vista de que no le hacen caso, opta por marcharse.)*
RIC. *(Aparte.)* (¡A mí coloquios, no! Prefiero ver arrullarse a los gorriones en el jardín, que a estos palomos bajo techado!) *(Suspira. Vuelve a mirar a Petrita y Perdiguero, que continúan embebecidos en su charla, y viendo que todo es inútil, desiste de su propósito)* (¡Nada! ¡En el quinto cielo!) *(Sale por la puerta de la derecha.)*
PET. Bueno, ¿y qué ha hecho usted en toda la mañana?
PER. Pues no he salido de casa.
PET. ¿Es posible?
PER. Como se lo digo a usted.
PET. ¿De modo que no ha oído usted misa?
PER. ¡Ah! Pero hoy ¿es día de misa?
PET. Domingo. ¡Usted verá!
PER. ¡Ah! ¿Hoy es domingo?
PET. ¡Claro, herejote!
PER. Es que no sé ni en la ley que vivo. En saliendo de Madrid, como no miro el almanaque...
PET. Ande, hombre. ¡Vaya a misa! *(Mirando su reloj de pulsera.)* Todavía tiene usted tiempo; todavía puede coger la de doce y media en el Santo Cristo, y si no, la de una en Santiago.
PER. Pero como no sé dónde están Santiago ni el Santo Cristo...
PET. Pregunte; que preguntando se va a Roma.
PER. Es que antes tengo que hacer unos trabajos que me ha encargado don Ricardo.
PET. ¡Primero es Dios!

PER. Perdone usted; primero es la obligación que la devoción.

PET. Pero, en este caso, la obligación es ir a misa. Conque, márchese.

PER. Bueno, bueno. Usted va a ser causa de que don Ricardo me despida. En serio, Petrita, que me tengo que escribir tres cartas y que hacerme un paquete.

PET. Pero, ¿más «paquete» que está usted hecho, Perdiguero? *(Se ríe con esa risa estúpida de las niñas «bien».)*

PER. Como ingeniosidad, puede pasar.

PET. ¿Nada más que pasar?

PER. Nada más, Petrita.

PET. ¡Vaya con Dios! Con estos escritores hay que afinar tanto la puntería...

PER. No empiece usted a tomarme el pelo.

PET. ¿Yo? Usted me lo ha dicho.

PER. Es verdad. Hago versos, publico algunos trabajillos en los periódicos... Pero, de eso a ser escritor... ¡Yo no soy mas que un mal aficionado!

PET. ¡A ver cuándo me hace usted unos versos a mí!

PER. Cuando usted quiera, Petrita.

PET. Por el gusto de oírlos, no porque a mí me interesen los versos; que lo mismo los versos que las charadas y los jeroglíficos me parecen cosas de idiotas.

PER. ¡Caray!

PET. Tomarse el trabajo de estar dos horas pensando en que una palabra pegue con otra, cuando es tan fácil y tan claro decirlo en prosa... Yo, la verdad, he tenido siempre de los poetas una idea muy pobre.

PER. ¡Pues sí que está usted dando vuelos a mi inspiración, Petrita!

PET. *(En tono confidencial.)* Si algo tiene usted que decirme alguna vez, dígamelo como se le ocurra, y en paz. *(Se ríe de ver la cara que pone Perdiguero.)*

PER. Pero, por ejemplo, y aunque a usted le parezca cosa despreciable la poesía, ahora, después de oírla a usted reírse, yo le podría decir, en prosa: tiene usted una risa que es el trinar de un ruiseñor.

PET. ¡Dios mío, qué frase tan cursi, Perdiguero!

PER. ¿Verdad que sí? ¡No tiene valor! Y, en cambio, en verso le hubiera dicho:

La divina risa loca,
de la rosa de tu boca,
como un pájaro levanta
desde tus labios el vuelo,
y hacia el puro azul del cielo,
mientras va volando, canta.

PET. ¡Jesús! Que es mucho más cursi todavía que lo anterior, con la agravante de que se lanza usted a hablarme de tú sin que nadie le haya dado permiso para eso.

PER. ¡Pero, Petrita...!

PET. Desde luego, queda usted desautorizado para decirme nada, ni en prosa, ni en verso, mientras no se ponga usted a tono con la corriente moderna. Está usted muy anticuado para hacer el amor, Perdiguero. Los chicos «bien» de ahora tienen otro estilo.

PER. ¡Ah! ¿Y a usted le gusta el estilo de los chicos «bien» de ahora?

PET. A mí, sí. ¡Soy una mujer de mi tiempo!

PER. Pues no me diga usted más, Petrita. ¡Se ha caído usted con todo el equipo!

PET. *(Contenta.)* ¡Por ahí, por ahí!

PER. *(Acercándose a ella y hablándole en tono chulesco.)* ¡Negrales!

PET. ¡Por ahí!

PER. ¡La «fetén», que me gusta usted más que el «coci», prenda!

PET. *(Cada vez más contenta.)* ¡Por ahí, Perdiguero!

PER. Pero, bueno, le advierto a usted, Petrita, que eso se lo vienen diciendo los organilleros a las chulas hace cuarenta años. Más viejo no puede ser. Sólo que ahora, el «modo» de hablar de la gente del bronce ha pasado a ser «moda» entre la aristocracia. «¡Nihil novum», Petrita! ¡Qué juventud, como dice don Ricardo! *(Por la puerta de la derecha entra en escena Aurea, con traje mañanero.)*

AUR. Buenos días, amiguitos!

PER. Buenos días, Aurea.

PET. *(Mirando su reloj.)* ¡Huy, la misa, Perdiguero! ¡Corra usted! *(Perdiguero se encamina rápidamente hacia el foro.)* ¡Que ya no coge usted ni la de una!

PER. ¡Ah! Pues, entonces... *(Se detiene.)*

PET. ¡Sí la coge!

PER. ¿En qué quedamos?

PET. ¡Pero dese usted prisa!

PER. ¡Ya mismo! *(Se marcha por la izquierda de la galería.)*

AUR. Por lo visto, esto marcha, Petrita.

PET. ¡Ca! No lo crea usted. Me divierto, sencillamente. Estaba aquí tan aburrida... *(Por la izquierda de la galería sale Perdiguero con su sombrero puesto, y se dirige hacia la puerta de la derecha.)*

PER. ¡Hasta luego, Petrita!

PET. *(Dándole prisa.)* ¡Vamos, hombre!

PER. ¡Hasta luego, Aurea!

AUR. ¡Hasta luego, Perdiguero!

PET. ¡Que se fije usted en el color de la casulla!

PER. *(Volviéndose.)* ¿Cómo?

PET. ¡Corra usted!

PER. *(Atolondrado.)* ¡Sí, señora! *(Sale disparado por la puerta de la derecha. Petrita da un grito.)*

PET. ¡Ay! Creí que rodaba por la escalinata.

AUR. Si lo vuelve usted tarumba.

PET. ¡Pobre Perdiguero! Es muy buen chico! *(Aurea se quita el sombrero y con él en la mano se dirige hacia la derecha de la galería, cuando por el mismo lado sale doña Valentina.)*

AUR. *(Al cruzarse con doña Valentina.)* Dios guarde a usted, doña Valentina.

VAL. *(Con gesto desabrido.)* ¡Hola! *(Aurea se marcha por la derecha de la galería.)* Cada día me va cargando más esta marisabidilla.

PET. ¿Por qué, mamá? ¡Si es muy simpática!... Y antes mucho que te gusta hablar con ella.

VAL. Pues ¿qué quieres, hija? ¡Me va cargando! No la puedo tragar; la tengo atravesada. ¡Anda, vamos a nuestro cuarto! *(Desaparecen las dos por la escalera. Pausa larga. Por la izquierda de la galería sale María de la Luz, cruza la escena y se marcha por la puerta de la derecha. Hay otra pausa. Por la derecha de la galería salen doña Rosario y Aurea, deteniéndose en el centro de la misma, sin pasar al hall.)*

ROS. En usted confío, Aurea.

AUR. De acuerdo, doña Rosario; pero si usted no lo ha conseguido, mal abogado puedo yo hacer en ese pleito.

ROS. Se equivoca usted. Hoy por hoy es usted, quizás, la única persona a quien Ricardo no es capaz de negarle nada de cuanto le pida.

AUR. Esa es una opinión de usted.

ROS. La justa, Aurea.

AUR. Conforme, doña Rosario. ¡Ojalá sea como usted dice! Yo le prometo a usted que por mí no ha de quedar.

ROS. Con eso, me basta. ¡Hasta ahora, Aurea!

AUR. ¡Hasta ahora, doña Rosario! *(Doña Rosario se marcha por la izquierda de la galería y Aurea pasa al hall, se sienta al piano y empieza a tocar de memoria las sevillanas de Albéniz. Un rato después de estar tocando Aurea aparece, por la puerta de la derecha, don Ricardo Valcárcel, el cual se queda un momento extasiado, oyendo la música y contemplando a Aurea.)*

RIC. *(Cuando Aurea deja de tocar y lo mira.)* Bien, muy bien, amiga mía.

AUR. *(Riéndose.)* ¡Ah! Pero, ¿estaba usted ahí?

RIC. Embelesado oyéndola.

AUR. ¡Por Dios! Es usted muy amable. ¡Si no sé más que porrear las teclas! *(Se levanta del taburete del piano y se sienta a una de las butacas del centro.)*

RIC. Y, ¿qué ha sido de usted, Aurea? ¿Dónde se ha metido?

AUR. Acabo de llegar, don Ricardo. Salí a misa y luego, ya de vuelta, al pasar por el muelle, estaba el mar tan hermoso, que no he podido resistir a la tentación de dar un paseo en bote. ¡Y en eso se me ha ido la mañana!

RIC. ¡Qué casualidad! También yo he estado paseando, sólo que por tierra. Era un deseo acariciado por mí desde que llegué.

AUR. ¿Cuál?

RIC. El de visitar de nuevo los lugares donde fuí dichoso en mis primeros años. ¡He vuelto a ser niño, a sentirme niño, Aurea!

AUR. Ya se le ve; se le nota. Viene usted remozado, renovado... ¡Parece otro!

RIC. Y lo soy. ¡Lo soy! ¡Cuánto he gozado, Aurea! Usted no puede figurarse qué íntima ternura se siente en poder decir, al hallarse después de veintitantos años en un lugar que el tiempo ha respetado y que es igual, que es el mismo que nosotros conocimos: aquí fué, aquí pasó... ¡Cuánto he gozado!

AUR. Bien que lo creo.

RIC. Pero, de todas las impresiones recibidas, ninguna tan fuerte como la experimentada al hallarme ante la catedral. ¡Qué emoción tan pura al penetrar en sus naves, y qué punzante y vivo, al salir de ella, el deseo de subir al campanario! El temor de que flaquearan mis piernas en tan larga ascensión, me ha detenido un punto; pero luego, espoleado por el mismo deseo, ¿quién dijo miedo?, he exclamado, y sin pensarlo más, me he lanzado escaleras arriba. Un tramo, otro, otro, otro... Ya estamos en el primer balconcillo. ¡Animo, animo! Hemos llegado al piso de las campanas. Un poquito más y heme aquí en el giraldillo, en la mayor altura de la torre. ¡Qué espectáculo, Aurea! La palabra no acertará a describirlo. ¡Qué dulce brisa! ¡Qué intenso bienestar! El mar, como una balsa de plata, se extiende ante los ojos. El puerto, la bahía, la mancha verde del Parque, los lejanos pueblecillos costeros, el cielo azul, más lejos cuanto más cerca... Al filo de una hora me he pasado, mudo de emoción, contemplando el maravilloso paisaje. De pronto, tiembla el recinto, se estremece, parece que va a desmoronarse, a caer... Dan las nueve, la hora de alzar en la misa solemne que se celebra en el templo. Suenan las campanas, atolondrando el aire; primero, una, y luego otra y otra, y después todas juntas, en un repique general, magnífico y glorioso. No acierto a moverme y allí sigo, ahogado entre el estruendo, quieto como un autómata. Al fin, cesa el repique y yo desciendo de la torre. Me zumban los oídos. Por la desierta Plaza del Obispo salgo al Parque, y aquí me encuentra

usted, con el alma nueva y el corazón mozo. Tenía usted razó
Aurea; soy otro, parezco otro. ¡Acabo de cumplir los veinte años

AUR. ¡Los veinte años! Y son los suyos. ¡Veinte años!

RIC. ¡Ojalá!

AUR. El espíritu manda.

RIC. Pero el tiempo no respeta sus mandatos, y se complac en poner surcos en nuestra frente y plata en los cabellos.

AUR. ¡Vamos, vamos! ¿Estamos ya en lo de siempre? Tie ne usted la coquetería de la edad. Le gusta a usted que se l diga: está usted hecho un pollo, don Ricardo. ¿Qué? ¿Hemo encontrado ya, durante ese paseo, la mujer que necesitamos?

RIC. Por mi desgracia, no.

AUR. Pues es preciso hallarla. Un hombre solo, como usted y sin familia, no va a ninguna parte. Se lo dice quien pued que no tenga para aconsejarle la autoridad de los años ni lo fueros de una antigua amistad; pero quien le tiene dadas, en el poquísimo tiempo que lo trata, pruebas de un afecto y de una simpatía, que nadie será capaz de poner en duda.

RIC. Y que yo le estimo de todo corazón.

AUR. Pero sin hacerme caso.

RIC. Sí le hago caso, sí. Comprendo que perdí mi juventud en acariciar la ilusión de esta falsa gloria de la literatura; que, por entregarme con desmedido afán al trabajo, me olvidé del amor. Y ahora, al declinar de mi vida, es cuando lo vengo a notar. Mi soledad me apena y me entristece, y mi corazón busca otro corazón en donde reposar. ¡Lo necesita! ¡Pero ya es tarde, Aurea!

AUR. ¿Quién lo ha dicho? En primer lugar, no está usted solo; tiene usted un hermano.

RIC. ¡Tuve tres!

AUR. Pero, por lo menos, el que le queda en el mundo, le busca y usted le huye. Y eso no está bien, don Ricardo. Hay que perdonar para que nos perdonen. Y respecto a lo demás, ¿cuántas mujeres no habrá por ahí que se considerarían dichosas si usted se dignase mirarlas?

RIC. *(Con un dejo de amarga ironía.)* ¿Cree usted que habrá muchas mujeres?

AUR. ¡Muchas, don Ricardo! ¡Yo misma!...

RIC. *(Con emoción.)* ¿Eh?

AUR. ¡Si ya no estuviese enamorada!

RIC. ¿Qué? Pero, ¿está usted enamorada, Aurea?

AUR. Sí, don Ricardo, sí; ciegamente, locamente enamorada. Ya que usted no ha tenido secretos para mí, yo no quiero tenerlos para usted. ¡Estoy enamorada!

RIC. Y, ¿desde cuándo y de quién, si no es indiscreto el preguntarlo?

AUR. ¿Lo sé yo misma? Por ignorarlo todo, hasta ignoro

mo se llama mi amor; no tiene nombre. Es todo un pasaje novela. Pero sé que vive en mí, que crece, que alienta, que e tonifica. Yo también, como usted, al quedarme sin padres y la en el mundo, tuve que hacer frente a la vida, olvidando el mor. Mis libros y mis estudios absorbían todo mi tiempo; no me a dado pensar en otra cosa. Y una mañana, aquí, cuando mes lo esperaba, surgió ante mis ojos en la figura de un hombre uapo, joven, arrogante. Al verlo, sentí esa voz íntima, inconndible, que nos dice: éste es, no podrá ser otro... Y un día, yer precisamente, hablamos por la primera vez. Desde entonces o lo he visto más, pero sé que ha de volver y que yo le espero. s cuanto puedo decirle a usted de este amor mío que, apenas llegó a nacer y es ya toda la razón de mi vida. Por eso no debe sted desesperar tampoco. El amor muchas veces parece que uye y es que se acerca.

RIC. *(Con la voz velada por la emoción.)* Y otras también, arece que se acerca y es que ha huído. Soñamos tenerlo aprisioado en nuestras manos, le acariciamos ya como cosa nuestra y vemos escapar, esfumarse, desvanecerse... ¡Y es tan triste, urea!

AUR. ¡Don Ricardo!... *(Mirándole fijamente.)* ¿Una lágria en sus ojos?

RIC. Es posible. ¡Quizás porque haya una ilusión menos en i corazón!

AUR. ¡Don Ricardo!...

RIC. *(Queriendo ocultar su emoción.)* ¡Hablemos de otra osa! *(Por la escalera bajan Valentina y Petrita, con trajes de asa.)*

VAL. ¿Hay plan alguno hasta la hora de comer?

AUR. Ninguno, doña Valentina; pero eso pronto se resuelve.

PET. Menos andar, mamá, lo que quieras.

AUR. ¿Jugamos al tennis?

VAL. *(A don Ricardo, mientras Petrita habla con Aurea.)* ¿Used qué opina, don Ricardo?

RIC. ¿Yo? No tengo opinión, señora.

VAL. Esta mañana he terminado de leer «Luz de los cielos». Qué joya, don Ricardo!

RIC. ¿Le ha gustado?

VAL. Gustarme es poco; me ha encantado, me ha entusiasmado. ¡Qué primor! ¡Qué maravilla!

RIC. ¡Muy amable, señora! No vale la pena.

VAL. No diga usted... ¡Por Dios! ¡Si es una delicia!

RIC. ¡Muy amable!

VAL. ¿Cómo se le ocurre a usted tanta cosa bonita? A mí me produce un asombro... *(Suspirando.)* ¡Qué felicidad sentirse amada por un hombre como usted!

RIC. *(Alarmado.)* ¡Doña Valentina!...

VAL. Debe de ser fantástico. Eso de no oír las vulgares pal bras amorosas de los demás mortales... ¡Te quiero! ¡Me gust más que el jamón!... ¡Qué idiotez!

RIC. *(Echándose atrás.)* ¡Señora!

VAL. *(Acorralando materiamente a don Ricardo con sus i sinuaciones.)* ¡Qué prosaísmo! A un... ¡Mi corazón late a par d tuyo!... ¡En tus ojos, mi espíritu, estremecido de placer, tiemb como una lágrima! *(Suspirando.)* ¡Ay! ¡Se me saltan las mías *(Se vuelve hacia Petrita.)*

RIC. *(Atónito.)* (¡Caray!)

VAL. Bueno, niña, ¿qué hacemos?

PET. Pues yo creo, mamá, que lo mejor quedarnos aquí, en hall, hasta que nos llamen a la mesa. ¿No te parece?

VAL. Lo que quieras.

PET. Aparte de que hemos de esperar a Perdiguero, que h ido a misa.

RIC. ¿Ha ido a misa?

PET. Sí, señor. Lo he mandado yo a que la oiga, porque a é no se le había pasado ni siquiera por la imaginación. Tiene uste un secretario que es un perro judío.

RIC. ¿Un perro Perdiguero? *(Las tres mujeres se ríen a car cajadas de la ocurrencia de don Ricardo, exagerando más la not doña Valentina.)*

VAL. ¡Qué gracioso! ¡Qué ingenioso! *(Mirándolo con las d Caín.)* ¡Qué hombre!

RIC. *(Sorprendido.)* ¿Qué pasa? ¿A qué vienen esas risas?

VAL. A la gracia que ha tenido el retruécano. ¡Un perro perdiguero! *(Volviendo a reírse.)* ¡Es saladísimo!

RIC. Pues le advierto a usted, señora, que lo he dicho sin pensar. Y el Señor me perdone el pecado, porque aborrezco el retruécano.

VAL. Pero es que a ustedes se les sale el ingenio sin darse cuenta. Es un ánfora que se derrama. ¿Sabe el rosal por qué da rosas?

AUR. ¡Jesús! ¡Cómo está usted hoy, doña Valentina!

VAL. *(Picada.)* Bien, ¿y usted Aurea? Creí que ya la había saludado. *(Nuevas risas por parte de Aurea, don Ricardo y Petrita. Por la izquierda de la galería sale doña Rosario, con un peródico en la mano.)*

ROS. ¡Virgen! ¡Qué diversión! ¡Qué algarabía! Así me gusta, así me gusta... Oye, Ricardo, ¿tú has leído este periódico?

RIC. ¿Qué periódico?

ROS. «La Unión Mercantil».

RIC. No.

ROS. Pues toma y lee.

RIC. ¿Qué dice? Cuéntamelo tú.

ROS. Poca cosa. ¡Tú juzgarás! Con grandes titulares y en
mera plana: «Ilustre huésped. Valcárcel en Málaga».
RIC. *(Aterrorizado.)* ¿Eso dice el periódico?
ROS. Y, por si no bastara, en los telegramas publica la noti-
de que, en la sesión de anoche, acordó la Española nombrarte
démico de número, en la vacante de Ponzano. ¡No hay quien
libre ya de la popularidad ni del mosconeo!
RIC. No me lo digas. ¡Es horrible! Esto ha sido Piñita, el
serable de Piñita, a quien le voy a cortar las orejas en cuanto
lo encuentre.
VAL. ¡Amigo, no se puede ser célebre!
AUR. Y que sea enhorabuena, don Ricardo, por ese ingreso
la Academia, que yo ignoraba... ¡Es su consagración defini-
a!
RIC. ¡Calle usted, calle usted! ¡Qué contrariedad! ¡Qué dis-
sto! ¡Pero ese Piñita!... Charlatán, enredador... *(Por la dere-
a de la galería sale Laura.)*
LAU. Cuando ustedes gusten pueden pasar al comedor.
VAL. ¡Pues vamos!
ROS. *(A don Ricardo, que tiene fruncido el ceño.)* Ricardo...
ero no te pongas así, criatura! ¡No hay que ser tan hurón!
RIC. ¡Calla, mujer, calla! ¡No sabes lo que esto me contra-
!... *(Mucha alegría en todos, que se dirigen hacia el foro ha-
ndo animados comentarios. Por la puerta de la derecha aparece
ría de la Luz.)*
LUZ. *(Dominando con su voz la de los demás.)* ¿Señora? Don
brié Varcárse. *(Movimiento de expectación en todos, que se de-
nen un punto.)*
RIC. ¿Cómo? ¿Qué? Pero, ¿se ha atrevido?...
AUR. *(Destacándose y dirigiéndose a María de la Luz.)* ¡Que
se ese señor! *(María de la Luz, sin embargo, no se mueve.)*
RIC. ¿Eh?
AUR. *(Con firmeza y al mismo tiempo con dulzura.)* ¡Que
se! *(María de la Luz se marcha por la puerta de la dere-
a)* ¿Va usted a negarse a recibir a su hermano? No lo creo.
sted no hará eso, don Ricardo; no lo hará. Y, si ha pensado ha-
rlo, yo le pido a usted, por la memoria de su madre, que no
haga.
RIC. *(Vencido por la mirada de Aurea.)* ¡Aurea!... *(Don Ri-
rdo queda, con la vista al suelo, anonadado y confuso. Doña
osario estrecha las manos de Aurea, en señal de gratitud. Los
emás personajes reflejan en sus rostros la curiosidad que les do-
ina. Por la puerta de la derecha entran el Desconocido, vestido
luto, y María de la Luz.)*
AUR. *(Al ver al Desconocido y reprimiendo un grito de estu-
r.)* (¡El!... ¡Dios mío!) *(El Desconocido, al hallarse en presen-
a de su hermano, tiene un momento de vacilación, pero don Ri-*

cardo le abre sus brazos y el Desconocido se precipita en ellos, c movido.)

DES. ¡Ricardo!

RIC. ¡Gabriel! *(Largo rato permanecen abrazados. Menos d Ricardo y el Desconocido, todos los demás personajes se march en silencio por la derecha de la galería, con excepción de María la Luz, que se va por la izquierda.)*

DES. No merezco tu perdón, sé que no lo merezco y, sin e bargo, tú, siempre generoso, me lo otorgas con este abrazo, q no sé cómo pagarte, ni cómo agradecerte. ¡Qué bueno eres, h mano, y qué ingratos hemos sido contigo! ¡Perdónanos!

RIC. No hablemos de eso, Gabriel. Al estrecharte, hace momento, contra mi pecho, he debido darte la sensación de q no sólo lo he perdonado todo, sino de que lo he olvidado to también. ¡No hablemos de eso! Y ven aquí. ¡Acércate, que yo vea! *(Lo atrae hacia él y luego lo aparta un poco, cariñosamen para verle mejor.)* ¿Quién te conoce, muchacho? ¡Qué cambia estás!

DES. Tú también.

RIC. No eres el mismo.

DES. ¡Y ya puedes jurarlo, que si en lo externo he muda bastante, mucho más he mudado de condición!

RIC. Eso me alegra.

DES. El loco, el calavera, el aventurero, deshonra de sí pr pio y de los suyos, es hoy un hombre cabal con plena concienc de sus actos. Te lo digo para que no te arrepientas de habern perdonado. ¡Ojalá pudiera decírselo también a nuestra madre!

RIC. ¿Supiste...?

DES. Sí. *(Pausa durante la cual cada uno, puesto el pens miento en la que les dió el ser, se enjugan una lágrima.)* ¡Dios tenga en su gloria! Como castigo, por mis muchos pecados, m quedará siempre este remordimiento.

RIC. Sírvate, al menos, de consuelo el saber que nada le falt a mi lado y que murió en la paz del Señor.

DES. *(Con emoción.)* ¡Madre mía! *(Llora.)* Discúlpame.

RIC. (*Secándose sus lágrimas.*) No te importe llorar, que tam bién lloro. (*Silencio.*)

DES. Yo pensaba ir a veros a Madrid y a echarme a vuestro pies implorando el perdón de mis culpas, cuando, a los pocos día de desembarcar, justamente ayer, supe por la de Albareda l tremenda noticia. Desde entonces, no he tenido otro anhelo qu verte para que compartiéramos juntos nuestro dolor, pero tú, jus tamente, lo reconozco, te has resistido, cuanto te ha sido posible, recibirme. ¡No es censura! Comprendo que tenías motivos sobra dos para huirme. Yo fuí un insensato, que abandoné mi casa y m hogar para correr una aventura indigna, pero en los veinte años todo tiene disculpa. Me cegó el amor de aquella mujer y no repa-

en bajezas. Después, ella misma, me dió el pago que merecía estup:dez. Se fué con otro, me dejó. Fueron unos días negros, os, terribles, de lucha callada y silenciosa, pero feroz y ennizada, aquellos días primeros. Poco a poco el horizonte fué arándose. Conseguí entrar de camarero en un barco. Luego me talé en la Argentina. En Buenos Aires me sopló la fortuna.

RIC. ¡Pobre Gabriel!

DES. Tú ya recuerdas mi afición a pintar; me dediqué a ella todo ardor y llegué a adquirir, en poco tiempo, nombre y fa; dinero, también. Hasta que un día, sintiendo la nostalgia de patria lejana y el deseo de recobrar vuestro cariño, embarqué a España. Llegué a Málaga a primeros de mes, con ánimo de ir al día siguiente hacia Madrid para buscaros, pero ese mismo tropecé en mi camino con una mujer, que me retuvo.

RIC. ¿Una mujer? ¿Y dices, Gabriel, que has cambiado?

DES. Sí, Ricardo; pero una mujer, que no es como las otras, e no se parece a ninguna, por la que sólo vivo, desde que la cocí y que será la que ha de redimirme de todo mi pasado.

RIC. Y ¿es digna de ti?

DES. Di más bien si soy yo digno de ella.

RIC. ¿Tan alta está?

DES. ¡Tanto se merece!

RIC. Y por ella...

DES. Por ella me detuve aquí más días, y luego supe tu venida nuestra desgracia.

RIC. ¿De modo, que vives en un hotel como yo?

DES. Exactamente. ¿Quién lo pudo pensar? ¡Los dos forastes en nuestra tierra!

RIC. Quédate aquí conmigo y viviremos juntos.

DES. ¿Tú lo quieres?

RIC. ¡Yo lo exijo!

DES. ¡Pues hecho! ¡Déjame que te vuelva a abrazar, herano!

RIC. *(Abrazando a su hermano.)* ¡Abraza cuanto quieras! ¡Y rieta fuerte, para que la efusión, al menos, me compense de tos los que he dejado de darte! *(Por la izquierda de la galería arece María de la Luz.)*

LUZ. *(Dirigiéndose a don Ricardo.)* ¿Don Ricardo? Que le llaan a usté ar teléfono.

RIC. Voy en seguida. ¡Un momento, Gabriel! *(Se va con Maa de la Luz por la izquierda de la galería. El Desconocido queda n instante solo. Por la derecha de la galería salen doña Rosario Aurea.)*

DES. *(Corriendo a estrechar las manos de doña Rosario, apeas la ve salir.)* ¡Doña Rosario!

ROS. ¡Gabriel!

DES. ¡Que Dios se lo pague por todo! ¡Qué alegría tengo!

¡Me ha perdonado, doña Rosario! ¡Me ha vuelto a su cariño y su estimación! ¡Que Dios se lo pague! ¡Muchas gracias, do Rosario, muchas gracias.

ROS. A mí nada has de agradecerme, hijo, porque nada hecho. Todo ha sido obra de esta señorita.

DES. ¿De usted, Aurea?

ROS. (*Sorprendida.*) ¿Eh?

AUR. Sí, Gabriel. Y ¡qué ajena estaba yo de que, al interced por el hermano de don Ricardo, lo hacía por usted!

DES. ¿Y lo siente?

AUR. No sé ahora mismo. Tan sobrecogida estoy de la impr sión, que ni sé lo que pasa por mí.

DES. ¡Aurea!

ROS. Pero, ¿se conocían ustedes?

DES. ¡Algo más, doña Rosario! ¡La quiero! Esta mujer e hoy por hoy, mi vida entera; mi ilusión, mi gozo y mi martirio.

ROS. ¿Qué? *(Por la puerta de la derecha entra don Ricar Valcárcel, y al verlo, el Desconocido corre a su encuentro y le dic señalando a Aurea.)*

DES. Hermano... ¡Mírala!

RIC. ¿Eh?

DES. ¡Ahí la tienes! ¡Es ella, ella! ¿De qué mujer te habl ba yo? ¡Mírala!

RIC. (*Con emoción.*) Pero, esa mujer, era...

DES. ¡Sí!

RIC. ¿Aurea?

DES. ¡Sí, hermano!

RIC. *(Con desaliento.)* ¡Aurea! *(Don Ricardo mira a Aure como queriendo adivinar si es su hermano también el hombre d quien ella le habló. Aurea baja sus ojos al suelo. El Desconocid mira anhelante a don Ricardo.)*

ROS. *(Contemplando el cuadro de tristeza.)* (¡Pobre Ricar do! ¡Qué cosas hace Dios!) *(Cae el*

TELÓN.

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Los ventanales de la galería están abiertos, y, por ellos, se ve, a lo lejos, la tranquila superficie del mar. Es por la tarde. Se supone que del acto segundo al tercero han transcurrido veinte días.

levantarse el telón aparece en escena PERDIGUERO, dando paseos por el hall, abstraído en la composición de un soneto.

PER. *(Declamado con el mayor énfasis posible.)*

Adoro a una mujer con tal locura,
que, sin ella, la vida no la quiero;
ella cubre de flores mi sendero
y alumbra con su amor mi noche oscura.
Ella, en las tristes horas de amargura,
me brinda... *(Deteniéndose a meditar.)*

e brinda... ¿Qué me brinda?

Me brinda un lenitivo pasajero...

aray! Este pasajero, como ripio, es de primera clase. *(Pensan-.)* Me brinda... *(Decidiéndose por el ripio.)*

Me brinda un lenitivo pasajero.

Qué más da? ¡Para cuatro duros que pagan!... *(Declamando nuevo.)*

Ella lo es todo en mí; sin ella, muero;
sin ella, ni amor canto ni hermosura.

eteniéndose otra vez.) Me parece que este verso es de Núñez Arce... Pero, bueno, ¿qué importa? No se va a levantar Núz de la tumba para venir a reclamarlo. ¡Adelante con los fales! *(Declamando.)*

Y hacia el reino ideal cabalga errante,
jinete en descaecido Rocinante,
sufriendo de la vida el rudo azote;
fuerzas me da su amor que lo desea...
¡También se las prestaba Dulcinea
al ingenioso hidalgo Don Quijote!

Satisfecho.) ¡Colosal! Nada más que colosal. *(Sentándose a la esa, requiriendo pluma y papel y disponiéndose a escribir.)* Aho- lo pongo en limpio, se lo mando al director y veinte leandras ás en mi bolsillo. ¡Soy un hacha! Hay que ver que esto de las ltas pasiones me está resultando una mina. Y luego protesta on Ricardo de que me disparo por la última que veo. Pues si o no me disparara, buscando nuevas fuentes a mi inspiración, de dónde iba a sacar este sobresueldo? ¡Pupila, señor! ¡Gajes el oficio! ¡Martingalas! *(Escribiendo.)*

Adoro a una mujer con tal locura...

Comentando.) ¡Cuatro pavos de mi corazón! *(Escribiendo.)*

Que, sin ella, la vida no la quiero...

Comentando.) ¡Menudos tirantes los que me voy a comprar. *Escribiendo.)*

Ella cubre de flores mi sendero...

Comentando, pero sin levantar la pluma del papel.) ¡Y por ella

le pago al camisero! *(Por la izquierda de la galería sale el D conocido, con el sombrero puesto, en dirección hacia la puerta la derecha.)*

DES. ¡Hasta luego, pollo!

PER. *(Suspendiendo la escritura, y levantándose.)* ¿Se m cha usted, don Gabriel?

DES. A la Normal, a recoger a Aurea. ¿Quería usted algo?

PER. Nada, don Gabriel. Usted deje mandado. ¿Y don R cardo?

DES. En su cuarto, preparando los discursos para mañan

PER. Es verdad, que mañana es el homenaje. ¿Sigue de m humor?

DES. Un poco. Ha cambiado mucho de carácter. Conmi apenas si cruza la palabra. Parece que me huye, que le mortifi mi presencia... La verdad, Perdiguero; no me explico esa ac tud de mi hermano, ni sé a qué atribuir su conducta.

PER. A la soltería.

DES. ¿Cómo?

PER. A la soltería. ¡No le dé usted vueltas, don Gabriel. S hermano de usted debía casarse. La soltería es la que le pone l nervios de punta, que hay días que no se aguanta él mismo.

DES. ¡Cualquiera casa ya a mi hermano, Perdiguero!

PER. ¡Anda, pues, no se piense usted que es tan difícil, qu cuando llegamos aquí, yo creí que caía!

DES. ¿Eh?

PER. ¡Le gustaba tanto la señorita Primavera!...

DES. ¿Quién?

PER. Aurea.

DES. ¿Aurea?

PER. ¡Pero, claro, luego vino usted y se le pasó el arre chucho!

DES. ¿Que a mi hermano le gustaba Aurea? ¿Qué dice us ted, Perdiguero?

PER. Al principio de estar aquí parecía muy interesado po ella. Y cuando nosotros, los artistas, bautizamos a una muje con un nombre poético, es señal evidente de que nos gusta. Filis Amarilis, Cloris, la señorita Primavera... ¿Qué más da? ¡Llá mele hache! Todo es uno y lo mismo. *(El Desconocido no le oye, abstraído en sus pensamientos.)* Justificaba don Ricardo e designarla así, con ese lírico remoquete, porque decía que había en ella una fragancia, un perfume de juventud, un aire de ale gría, que no concebía que pudiera llamarse de otro modo. Y cuántas veces habló de Aurea, la nombró la señorita Primavera...

DES. *(Con visible preocupación.)* (¡Es particular! Y ¡quién sabe si en ello está toda la razón de su desvío!...)

PER. ¡Caprichos literarios! No vaya usted a pensar...

DES. *(Como respondiendo a sus pensamientos.)* (¡Pues, eso, !...)

PER. ¿Cómo?

DES. (¡Sería horrible!)

PER. ¿Decía usted...?

DES. Nada, Perdiguero. ¡Hasta ahora mismo!

PER. ¡Hasta ahora, don Gabriel!

DES. *(Antes de salir.)* (Pero, ¿es posible, Dios?) *(Vase por puerta de la derecha.)*

PER. Parece que no le ha hecho mucha gracia la noticia. A mejor, me la he buscado por charlatán. Porque se ha ido mos-, pero muy mosca... *(Por la escalera baja Petrita, con traje de sa.)*

PET. *(Con mimosería, desde lo alto del descansillo.)* ¿Per-guero?

PER. *(Olvidándose de todo.)* ¡Caramba, Petrita! ¡Gracias a ios que la ven hoy mis ojos!

PET. *(Ya en escena.)* Me he pasado la tarde contestando car-s; no crea usted que durmiendo la siesta.

PER. Si le hace a usted falta un secretario... *(Sacando el pe-o como diciéndole que allí está él.)*

PET. No puedo yo aspirar a tanto.

PER. *(Con exaltación.)* ¡Usted puede aspirar a todo! Una ujer con esa cara dice: ¡quiero la luna! y, si yo estoy cerca ella y la oigo, se la traigo.

PET. ¿La luna? *(Riéndose.)* ¡Por Dios, Perdiguero! ¡Cuán- amabilidad! ¡A ver si le cojo la palabra y no sabe usted cómo ir del compromiso!...

PER. ¿Quién? ¿Yo? ¡Pruebe usted!

PET. ¡Perdiguero, que va usted a quedar mal!

PER. (*Desafiándola.*) ¡Pruebe usted!

PET. ¡Ea, pues, quiero la luna!

PER. ¡Ya está! *(Y se va flechado a descolgar el espejo que es- sobre el piano.)*

PET. *(Riéndose.)* ¡Perdiguero! ¡Jesús! ¿Qué va usted a ha-r? Estese quieto. ¡Qué chico tan loco!

PER. *(Volviéndose a Petrita.)* Y si me pidè usted el sol...

PET. *(Parodiando la exaltación de Perdiguero.)* ¡Ya lo sé! *Tomando un número de «El Sol», que habrá sobre la mesa.)* Me ntrega usted el periódico. (*Se ríe.*)

PER. No, señora; le pongo esa luna por delante para que se ire usted la cara.

PET. (*Complacida.*) ¡Vaya finura! ¡Qué bonito piropo!

PER. (*Dándose importancia.*) ¡Pchs! ¡Costumbre de cultivar madrigal! Eso para que se burle usted de los poetas.

PET. Yo no me burlo, Perdiguero.

PER. No se burla usted poco, Petrita. Hace veinte días que

estoy detrás de usted, diciéndole en verso, en prosa y hasta señas, que me gusta usted, que la quiero, que la idolatro, y us risa va y carcajada viene, sin dignarse parar mientes en mis labras y, lo que es peor, sin dejarme ver, al través de sus contin bromas, ni el más leve resquicio de esperanza.

PET. Y eso, ¿le molesta?

PER. No me molesta, porque nada que venga de usted pu molestarme a mí, que soy su esclavo; pero, la verdad, me gust puntualizar un poco, aclarar nuestra situación. Que yo la quier usted salta a la vista y, además, se lo tengo repetido una y c veces; que usted me quiera a mí es lo que falta por averiguar.

PET. (*Aparentando dolor.*) ¡Perdiguero!

PER. ¡La verdad! ¡Sea usted franca, Petrita! ¿Qué tra jo le cuesta a usted decirme de una vez lo que piensa respect mí? ¿Quiere usted ser mi novia? ¿Quiere usted ser mi muj ¿Por qué no me contesta claramente? ¡Se lo exijo, Petrita, se ruego!

PET. (*Fingiendo una gran tristeza.*) ¡Porque no puedo c testarle, Perdiguero, porque no puedo!

PER. ¿Que no puede?

PET. No, señor, no puedo. Y respete usted mi silencio. (*M losamente.*) Usted me gusta...

PER. (*Con cara de satisfacción.*) ¡Ah!

PET. Usted es un muchacho muy simpático...

PER. ¡Ah!

PET. Con quien me casaría, sin el menor inconveniente...

PER. ¡Ah! ¡Ah!

PET. ¡Pero no puedo decirle a usted nada por ahora, P diguero!

PER. ¿Por qué?

PET. No me lo pregunte.

PER. Pero, ¿por qué razón, Petrita?

PET. Pues por la sencilla razón... ¡de que tengo novio!

PER. (*Dando un salto.*) ¡Rechufla! ¿Que tiene usted novi

PET. No se lo quería decir; pero usted se ha empeñac En Valladolid, sí, señor; un alumno de la Academia. Nosotr somos de Valladolid, como usted sabe, y venimos a Málaga l inviernos porque los médicos se lo han recomendado a mamá pero los veranos los pasamos en Valladolid, y allí está mi n vio, con el que me casaré, Dios mediante, en cuanto termin su carrera.

PER. ¡Caray! Pues eso ha podido usted decírmelo desde principio y no hacerme concebir ilusiones engañosas.

PET. (*Con gachonería.*) ¿Engañosas? ¿No le acabo de co fesar a usted que me gusta, Perdiguero?

PER. (*Enfadado.*) Ya.

PET. ¿Que es usted mi tipo?

PER. Ya, ya.
PET. ¿Que también me casaría con usted muy satisfecha?
PER. ¿Entonces?
PET. Pero el de Valladolid está primero...
PER. ¡Ah!
PET. ¡Ha llegado antes!
PER. ¡Ah!
PET. Si usted me quiere de verdad, tanto como dice, lo que ede usted hacer es esperar, por si alguna vez riño con el otro.
PER. ¿Eh?
PET. Quedarse en situación de reserva.
PER. ¿Cómo?
PET. Como excedente de cupo.
PER. *(Con enojo.)* ¡Vamos!...
PET. ¿Qué menos, Perdiguero, qué menos?
PER. ¡Caray!
PET. Un poco de sacrificio por una mujer, no es mucho pedir.
PER. ¡Casi nada!
PET. Si lo del otro falla... ¡Usted verá! Y si no falla, to-, es ampliar por más tiempo el sacrificio; pero si usted me iere, ¿qué le importa? ¿Quién le dice a usted que no pueda edarme viuda?
PER. ¡Petrita!
PET. *(Queriendo ganarle la voluntad, se acerca mucho a él y habla comiéndoselo con los ojos.)* Sería para mí tan desagrable perderle a usted, que me ha sido tan simpático...
PER. *(Perdiendo terreno.)* ¡Pero, Petrita!...
PET. Y el mundo da muchas vueltas.
PER. Aquí el único que da vueltas y que está hecho un ovi- materialmente, soy yo, Petrita.
PET. ¿No le conviene el pacto?
PER. ¿Esperar a que se quede usted viuda?
PET. Esperar a que el tiempo decida.
PER. Pero, ¿y si el otro no se muere nunca?
PET. ¡Ahí está el sacrificio!
PER. ¡Mi abuela!
PET. A un hombre vulgar, no se le podría exigir; pero a un oeta... ¿Hay algo más tentador para un poeta que poder decir uando le plazca: ella está allí y yo la espero? No la veo, pero é que piensa en mí y la aguardo...
PER. ¡Eso es! Y mientras tanto, el cadete... ¡Vamos, que o, Petrita! Usted se sigue burlando de mí. Esto es darme unas alabazas encubiertas.
PET. De ninguna manera, Perdiguero. Esto será, en todo aso, dejarle a usted aprobado... sin plaza.
PER. ¡Caray!

PET. Y en expectación de destino. Si no le conviene a us
haga oposiciones a otro cuerpo. *(Y le vuelve la espalda.)*

PER. *(Anonadado.)* (¡Bueno! No me había pasado nu
Luego dice don Ricardo que yo me forjo las tragedias... ¡P
es una situación, que se la brindo a Pirandello!...)

PET. *(Acercándose nuevamente a él.)* ¿Qué me contesta
ter, Perdiguero?

PER. ¡Caramba, Petrita! Lo pensaré. Es una proposición
extraña la suya... ¡Lo pensaré, lo pensaré!

PET. ¡Pues piénselo, Perdiguero; piénselo, y luego vaya
comunicarme su resolución! En el jardín estoy. *(Se va por
puerta de la derecha, no sin mirar dos o tres veces a Perdigue
que está hecho un taco, y no sin dejar ver entre sus labios
sonrisilla burlona, que al traspasar el umbral de la puerta est
en franca carcajada.)*

PER. ¿Se ríe? ¡Que se ría! Me da igual. ¡Hay que ver
niña! Es la reina de Saba. ¡Pérfida como la onda! ¡Bien
ha tomado el pelo la onda!... *(Queda un segundo abismado
sus pensamientos, un poco lúgubres; pero, en seguida, se re
ne.)* Ahora que yo me voy a escribir un soneto con lo que
acaba de pasar, que... *(Corta el monólogo de Perdiguero la p
sencia de don Ricardo Valcárcel, que sale por la izquierda
la galería, con dos o tres cartas en la mano.)*

RIC. Perdiguero, hijo mío; pero, ¿dónde te metes?

PER. Pues me meto, don Ricardo, en cada barullo, que
sé por dónde salir. ¡Menudo problema me ha caído que res
ver! Figúrese usted...

RIC. *(Atajándole.)* ¡Déjame de historias! Ten la bondad
ir a echar estas cartas al correo. *(Se las da.)*

PER. Sí, señor; con mucho gusto. Ya mismo. (Por el c
mino me compongo el soneto.) *(Se va a marchar por la puer
de la derecha.)*

RIC. Pero, ¿te vas sin sombrero, criatura?

PER. ¿Y para qué lo quiero, don Ricardo, si no tengo c
beza? *(Vase por la puerta de la derecha.)*

RIC. Puede que no hayas dicho en tu vida una verdad m
grande. *(Mirando hacia la puerta de la derecha.)* ¡Demoni
¡Doña Valentina! *(Tratando de escapar por la izquierda de
galería.)* ¡Pues a mí no me coge! *(Por la puerta de la derec
entra doña Valentina, con traje de casa.)*

VAL. ¿Don Ricardo?

RIC. (¡Me cogió!)

VAL. ¿Dónde tan de prisa?

RIC. A trabajar, señora. ¡Ando atareadísimo!

VAL. Pero, ¿ni siquiera de unos minutos dispone usted par
dedicarlos a una buena amiga?

RIC. ¿Cómo no? De unos minutos y de unas horas, si e

cesario. ¡No faltaba más! (¡Cortesía obliga!) *(Se sientan los s.)*

VAL. ¿Y su hermano Gabriel?

RIC. Salió hace poco.

VAL. Habrá ido por Aurea...

RIC. Seguramente. Es la hora en que sale de clase.

VAL. Qué suerte de criatura!

RIC. ¿La de mi hermano?

VAL. La de Aurea. Haber pescado a un hombre como Gael, tan listo, tan guapo, ahora que no me oye, tan simpático con tantos posibles... ¡No todas tienen esa fortuna!

RIC. Ni tampoco todas reunen las condiciones de ella. Seaos justos, doña Valentina.

VAL. No me diga usted, don Ricardo; que hay cada mujer r ahí, que es un estuche. Sólo que ustedes, los hombres, no dejan llevar más que de la apariencia.

RIC. ¿Es que el talento, el orden, el estímulo y laboriosid de Aurea son apariencia?

VAL. No sé, no sé.

RIC. Desengáñese usted, doña Valentina; que alguna rencilla mujer tiene usted que vengar en ella, cuando se obstina no reconocer sus méritos sobresalientes.

VAL. ¡Pues, sí, señor; que tengo que vengar! No le perno que no haya sabido distinguir el oro del doublé. Sin que to sea menospreciar a su hermano, que ya me ha oído us ogiarlo como es debido; pero, ¿dónde va a parar? .

RIC. Dónde va a parar, ¿qué?

VAL. ¡Hay mucha distancia!

RIC. ¿Cómo?

VAL. ¡Ya usted me entiende!

RIC. ¡Ni palabra, señora!

VAL. Pues a mí no me gusta regalar oídos.

RIC. Ni a mí descifrar jeroglíficos. *(Pequeña pausa.)*

VAL. ¿Y se casarán pronto?

RIC. ¿Aurea y Gabriel? Muy pronto. Para antes de Carnal quieren tener echadas las bendiciones...

VAL. ¡Jesús, qué rapidez! Un poco precipitada se me antoesa boda. ¿No, don Ricardo? Apenas si se han tratado... Tol, llevan veinte días de relaciones.

RIC. Hacen bien. Yo aplaudo su decisión. Los dos son libres, n familia... ¡Tontos serían si, por un estúpido convencionasmo social, retrasaran la felicidad que les espera! ¡Hacen bien, oña Valentina! *(Con un dejo de melancolía.)* ¡Dichosos ellos!

VAL. Parece que lo dice usted con tristeza.

RIC. ¿Con tristeza? No. ¿Por qué?

VAL. Me había parecido.

RIC. ¿Se quieren? ¡Pues que sean felices!

VAL. Es usted un bienaventurado, don Ricardo. ¡Qué
zón tiene doña Rosario en llamarle a usted santo a toda hora
RIC. ¡Pobre Rosario! Me quiere mucho y su afecto le h
ver en mí cualidades que no poseo. Soy, simplemente, un ho
bre equilibrado, que si en algo se diferencia de los demás m
tales, es en no haber sabido ser nunca egoísta.

VAL. Y, ¿le parece poco?

RIC. Para hombre, no está mal; para santo, muy poco, d
de luego, doña Valentina. *(Por la escalera, baja doña Rosari*

ROS. De charla, ¿eh?

RIC. Hablando por hablar.

VAL. Aquí, admirando a este hombre, doña Rosario, que
hay otro en el mundo. ¡Qué hombre!

RIC. ¡Doña Valentina!

ROS. (¡Qué descaro, Señor! ¡Ni con música de Lehar
encuentra otra viuda más alegre!)

RIC. *(A doña Valentina, levantándose.)* Y ya que la dej
usted tan bien acompañada...

ROS. ¿Te marchas?

RIC. Sí, hija. A seguir preparando los discursos para mañ
na. Calentura tengo sólo de pensar en el dichoso homena
¡A lo que me ha llevado mi debilidad!

ROS. ¡A lo que te ha llevado tu talento!

RIC. ¡Calla, mujer, calla! *(A doña Valentina.)* Con su p
miso, señora.

VAL. Usted lo tiene. *(Vase don Ricardo por la izquierda
la galería.)*

ROS. Y es cierto que puede que le cueste una enfermeda

VAL. Como todos los hombres de verdadero genio, es de u
timidez y de una modestia exageradas. *(Suspirando.)* ¡Pero
perdido la partida, doña Rosario! Trabajo me cuesta conf
sarlo. No se fija en mí; le soy indiferente. Y lo siento. ¡Cón
ha de ser! Paciencia. *(Se levanta.)* Voy un rato al jardín.

ROS. Y yo hacia dentro. *(Doña Valentina se marcha por
puerta de la derecha. Doña Rosario dirige su vista hacia el s
tio por donde se ha marchado doña Valentina.)* ¡Bendito sea Dios
¡Cuántas calaveras tiene que haber el día del juicio! *(Se ma
cha por la derecha de la galería. Pausa. A un tiempo aparecer
por la puerta de la derecha, Perdiguero, y por la izquierda de
galería, María de la Luz. Perdiguero avanza, desde la puerta
la derecha, hacia la izquierda de la galería, abstraído en su
pensamientos y recitando en voz alta el soneto que acaba de com
poner, y María de la Luz, en sentido contrario, mirando a Pe
diguero con cara de asombro.)*

PER. *(Andando lentamente, con la mirada fija en el espac
y la mano izquierda cerrada, puesta en la barbilla.)*

Ya su mirar de fuego no intimida
a mi espíritu, altivo y valeroso,
ni me arredra su porte jactancioso,
ni su boca a besarla me convida.
No me asusta su risa fementida,
ni su presencia turba mi reposo,
ni ya para mi ser es doloroso
no llamarla la vida de mi vida.

LUZ. *(Refiriéndose a Perdiguero.)* (¡Pobresiyo! ¡Tan joven majareta! ¡Qué doló de criatura! ¡Qué lástima de hombre!) *(Vase por la puerta de la derecha.)*

PER. *(Continuando su interrumpido soneto.)*

Su traición me curó de la ceguera
que por su amor ingrato padeciera
y me otorgó la libertad soñada.
¡Mas juro a Dios que hubiese preferido,
ajeno a la traición haber vivido
y morir siendo esclavo de mi amada!

(Con júbilo.) ¡Pero que ya está! ¡Otros cuatro duros! ¡Qué a llevo!

¡Y morir siendo esclavo de mi amada!

(Desaparece por la izquierda de la galería, después del latiguillo. Por la puerta de la derecha vuelve María de la Luz, acompañada de Piñita y de la familia de Piñita; su mujer, Clara; Clarita, su hija, y Juan Antonio, su yerno. Todos llegan arregladitos y compuestos como para una visita de cumplido. Clara y Clarita visten al estilo popular andaluz, y Piñita y Juan Antonio, trajes de americana. Piñita lleva abrigo y sombrero flexible, y Juan Antonio capa y sombrero ancho. Todos, menos Piñita, se presentan dando pruebas de un visibel azoramiento.)

LUZ. Pasen ustés y espérense aquí que voy avisá a don Ricardo.

PIÑ. Dígale usté que le busca su amigo Piñita.

LUZ. Está mu bien. *(Se marcha por la izquierda de la galería.)*

PIÑ. *(A los suyos.)* Sentarse, sentarse... *(Clara y Clarita se sientan con encogimiento y Juan Antonio se deja caer en una butaca.)* ¡Con cuidado, Juan Antonio, no vayas a estropear el mueble!

JUAN. ¡Zi zabré yo zentarme!...

PIÑ. Perdona, hijo. Llevas razón. Realmente no sabes otra cosa. Y tú, Clara, y tú, Clarita, mucha compostura, ¿eh?, que no vayáis a ponerme en ridículo. Y tú, Juan Antonio, procura hablar lo menos posible.

JUAN. ¡Zeñó, no se preocupe usté, que ya zu amigo ze hará cargo de que no zemos la embajá der Japón!

PIÑ. ¡Somos, Juan Antonio!
JUAN. ¿Y qué he dicho yo?
PIÑ. ¡Semos!
JUAN. ¿Y zemos o no zemos?
CLA. Mira, Juan Antonio; más vale que te cayes. Hazle c a papá.
JUAN. Pos pa no meté baza, bien me habéis podío d acostao.
PIÑ. ¡Juan Antonio!
CLARA. *(A Juan Antonio.)* Tú haz lo que yo; fíjate en r que no pienso despegá mis labios.
PIÑ. ¡Eso no, mujer! Lo que yo os recomiendo es que h bléis poco, con el fin de que erréis poco también.
CLARA. ¡Dichosa visita, que nos va a sacá er só de la besa!... Y luego, ¿pa qué? ¿Quién es tu amigo? ¿Es ministr ¿Es generá? ¿Es prínsipe? ¿Qué es?
PIÑ. ¿No te lo he dicho ya, mujer? *(Con orgullo.)* ¡Es terato!
CLARA. *(Con desprecio.)* ¡Literato! ¡Valiente cosa! ¡Gü puñao son tres nueses! ¿Y qué te va a da? ¿Te va a da arg ¿Te va a ascendé? ¿Te va a subí er suerdo?
PIÑ. ¡Clara!
CLARA. ¡Tanta historia con tu amigo, que yevas veinte dí sin sabé hablá de otra cosa! ¡Señó!... ¡Ay, qué hombre és que siempre ha de viví en la luna!
PIÑ. ¡Ojalá!
JUAN. En ezo tiene razón aquí la maestra, zeñó Jozé; q usté toa su vía no ha zío más que un reumático.
PIÑ. ¿Qué?
CLA. ¡Romántico, Juan Antonio!
JUAN. ¿Y qué he dicho yo?
CLA. Reumático.
JUAN. ¿Y lo ha zío o no lo ha zío?
PIÑ. Lo he sido. ¡Y a mucha honra! Y no eras tú, ciert mente, el que debiera criticarlo; porque si yo no fuera un romá tico, ¿de qué ibas a comer, gandul??
CLA. ¡No empiese usté a tomarla con Juan Antonio, padr que er pobre hase lo que puede!
PIÑ. ¿Y qué hace?
CLA. ¡Lo que puede!
CLARA. *(A Piñita.)* Ya lo estás oyendo; no te metas en má Cuando eya lo dise, sus motivos tendrá pa saberlo.
PIÑ. ¡Vamos, hombre!... ¡Silencio, que alguien llega! *(P la izquierda de la galería sale Perdiguero.)*
PER. Buenas tardes. *(Todos se ponen de pie.)*
PIÑ. Buenas tardes.
PER. ¿El señor Piña, si me hacen el favor?

PIÑ. Servidor de usté.
PER. De parte de don Ricardo, que tenga usted la bondad de sculparle un momento, que en seguida sale.
PIÑ. Si hemos llegado en mala hora y no puede recibirnos, gale usté que volveremos otro día.
PER. Nada de eso. ¡Por Dios! En seguida viene. Siéntense stedes; hagan la merced de sentarse. Con permiso de todos. *Saludos, reverencias y Perdiguero que se marcha por la puerta e la derecha.)*
PIÑ. Servidor de usté.
JUAN. ¡Qué botones más fino!
PIÑ. ¿Cómo botones? ¡Su secretario, Juan Antonio!
JUAN. *(Riéndose.)* ¡Vamos, que eza no cuela, zeñó José! Eze chisgaravís zuzecretario? ¿De ezos de los ministerios?
PIÑ. Los de los ministerios son subsecretarios, hijo mío.
JUAN. ¿Y qué he dicho yo? ¡Zuzecretarios!
PIÑ. Sub, subsecretarios. ¡A ver si te enteras! Subsecretaos. Con be, con be.
JUAN. ¿Con be?
PIÑ. ¡Con be de burro!
JUAN. Le arvierto a usté que no hay que fartá por ezo. *(A larita.)* ¡Te habrás fijao que está tu padre de una conformidá ue cuarquiea lo piza!
CLA. Pos tú, déjalo, Juan Antonio.
PIÑ. *(Mirando hacia la izquierda de la galería.)* Aquí llega icardo; aquí viene. ¡Ya veréis qué hombre! ¡Ya lo veréis! *Recibiendo con los brazos abiertos a don Ricardo Valcárcel, que ega por la izquierda de la galería.)* ¡Ricardo!
RIC. ¡Piñita! *(Se abrazan los dos.)*
JUAN. *(A Clarita, al ver a don Ricardo.)* ¡Mi madre! ¿Y a esté gachó tanto jaleo? ¡Si no tiene na que ve! Totá, un hombre como yo. Es desí, como yo... ¡Qué más quisiera!
RIC. *(A Piñita.)* ¿Tu familia?
PIÑ. *(Presentando a cada uno.)* Mi mujer, mi hija y mi yerno.
RIC. *(A Clara.)* ¡Muchísimo gusto!
CLARA. Pa serví a usté, cabayero.
RIC. *(Por Clarita.)* ¡Preciosa muchacha! *(Por Juan Antoio.)* ¿Su marido?
JUAN. Zu espozo por lo inciví y lo eclesiástico, pa lo que sté quiera mandá.
PIÑ. ¡Civil, Juan Antonio, civil!
JUAN. *(Enfadado.)* A mí no me yame usté civí, ¿eh? ¡Muho ojo?
PIÑ. ¡Juan Antonio!
JUAN. ¡Na más, que por eso no transijo! ¡Na de decirme mí civí, que soy gitano!

PIÑ. *(Con las de Caín.)* ¡Pero, qué gitano eres!... *(A d Ricardo.)* ¿Has visto?

RIC. *(Cortando la discusión.)* ¡Vaya, vaya! Sentémono *(Ofreciéndole un lugar preferente a Clara, que se va a sentar e segundo término.)* Venga usted aquí, señora.

CLARA. Estoy bien. Muchas gracias. *(Se sientan todos.)*

RIC. *(A Piñita.)* ¿Y qué ha sido de ti, hombre de Dios?

PIÑ. Pues, hijo, ya tú sabes lo que ocurre; queriendo ven todos los días y, unas veces por fas, otras por nefas, hemos i dejando transcurrir el tiempo, sin satisfacer el deseo, hasta h en que les dije a estos: «De esta tarde no pasa que vayamos visitar a Ricardo; mañana es la fecha del homenaje, y quiero antes por allí para felicitarlo, y, de paso, a que lo conozcá vosotros.» ¡Y aquí nos tienes!

RIC. ¡Bien, hombre, bien! Y yo te agradezco mucho es recuerdo. *(Mirando a Clarita embelesado.)* ¡Qué hija te ha dad Dios, Piñita! ¡Qué encanto! Estarás orgulloso.

PIÑ. Los ojos con que tú la miras. Pasaderita y nada más.

RIC. (*Por Juan Antonio.*) ¡Buen gusto el del amigo!

JUAN. ¡Pchs! ¡Que hay pupila!

RIC. ¡Sí que la hay!

JUAN. Eya tampoco crea usté que se ha yevao ningún cost de paja.

RIC. Ya me lo imagino.

PIÑ. Por la falta de acción para moverte, costal y medi Juan Antonio!

RIC. ¿Qué me dijiste que era tu yerno, Piñita?

JUAN. ¿Quién? ¿Yo? ¡Radioescucha!

RIC. *(Volviendo a mirar a Clarita.)* Se parece mucho a Gl ria, la nena.

CLARA. ¿A mi hermana?

CLA. Eso dise la gente, que me doy un aire a mi tía.

RIC. Y no te engañan.

CLARA. ¿Conosió usté a mi hermana, don Ricardo?

RIC. De vista; sí, señora.

CLARA. Sabrá usté que murió.

RIC. Por Piñita lo he sabido.

CLARA. Fué un doló. ¡Con treinta años!...

RIC. ¡Pobre Gloria!

PIÑ. ¡Lamentables equivocaciones, que las padece hasta e Altísimo!

RIC. ¡Calla, Piñita!

CLARA. Déjelo usté. ¡Si esa es su grasia!

PIÑ. *(A don Ricardo.)* Y, bueno, ¿qué? Estarás tan contento

RIC. ¿Por qué?

PIÑ. ¿Y lo preguntas? Por lo de mañana.

RIC. No me lo recuerdes.

PIÑ. ¡Qué suerte, Ricardo! ¡Lograr cuanto soñabas y aun ás de lo que soñar pudiste!... ¿Cabe mayor fortuna? Como iiera que tus cosas las hago mías, juzga de mi satisfacción al ber que, por fin, tus paisanos van a rendirte el tributo que ereces.

RIC. Hablemos de otro asunto, Piñita.

CLARA. No; le advierto a usté, don Ricardo, que es verdá: ie le quiere a usté, no diré más que a mí...

PIÑ. Dilo, dilo.

RIC. ¡Piñita!

CLARA. ¡Le ha dao por lo grasioso!

RIC. Siga usted, señora.

CLARA. Na más que eso; que le quiere a usté y que el día lo pasa poniéndole a usté por las nubes.

RIC. No hace más que pagar, después de todo.

PIÑ. ¡Cómo te envidio, Ricardo!

RIC. *(Con pena.)* ¡Envidiarme!

PIÑ. ¡Santa envidia la mía, llena de admiración! Como las iyas, fueron mis ilusiones. Llegar, vencer, triunfar, conquistar n nombre... Juntos emprendimos la ruta. Tu vuelo era de águi-, y llegaste. Yo sólo tuve un vuelecillo corto de gorrión, y me iedé en la estacada; pero, ahora, al considerar tu altura y mi equeñez, no puedo por menos que envidiarte, Ricardo.

RIC. Y ¿qué me envidias?

PIÑ. Tu gloria.

RIC. ¿Para qué me sirve? Como dijo el poeta:

> «... de toda gloria alcanzada,
> ¿qué le queda al hombre? Nada;
> sólo la tumba en que yace,
> y esa la tiene ganada
> sin luchar desde que nace.»

o, en cambio, te envidio a ti algo más positivo y duradero, y que ı no me es dado conseguir, por desventura mía.

PIÑ. ¿Qué?

RIC. *(Señalando a Clara, Clarita y Juan Antonio.)* ¡Esto, iñita!

PIÑ. ¿La familia? ¡Te la regalo!

RIC. ¡Tu hogar! Esta hija, que es carne de tu carne y sangre ıya, que velará tu sueño y cerrará tus ojos, por la que ya no ıorirás... ¡que has de seguir viviendo en ella! Ante esto, no hay loria, ni nada comparable. ¡Un hijo, Piñita! ¡Qué mayor glo-a! ¿Y tú lo tienes y me envidias? ¡Compadéceme, más bien; ompadéceme! *(Pausa larga.)*

JUAN. ¿Fuma usté, don Ricardo?

RIC. No, señor. *(Juan Antonio hace un gesto de contrariedad, ue don Ricardo advierte, interpretándolo en un sentido distinto.)*

Pero puede usted fumar, si quiere. A mí no me molesta. Fu usted.

JUAN. ¿Pa qué? Zi usté no fuma...

PIÑ. *(Sacando su petaca y dándosela a Juan Antonio.)* Tom hijo, toma. ¡Este yerno mío!... *(A don Ricardo.)* Te lo pregu taba para que le dieses un cigarro. *(Juan Antonio saca un pitil lo enciende y luego le devuelve la petaca a Piñita.)*

RIC. ¡Ah!

JUAN. Es que a mí ze me ha acabao.

PIÑ. ¡Y a mí se me va a acabar, pero es la paciencia, Ju Antonio! *(A don Ricardo.)* ¡Y tú, envidiándome el hogar! ¡Te vendo a plazos! ¡Qué verdad es que nadie está conforme con suerte! *(Levantándose.)* ¡En fin, nos vamos! *(Clara, Clarita Juan Antonio se ponen de pie.)*

RIC. ¿Tan pronto?

PIÑ. Sí, hijo; que no queremos darte más la lata. Cumpli este deber, que era al mismo tiempo un deseo y una satisfacció nos retiramos.

RIC. *(Levantándose.)* Como quieras, Piñita. Y, para que familia se lleve de esta visita un buen recuerdo, voy a permitirn contando con tu aquiescencia y con la del señor, hacerle un m destísimo presente a la nena.

PIÑ. ¡Quita! ¡Por Dios!

CLARA. ¡De ninguna manera!

CLA. No, zeñó...

JUAN. Zi de argo vale mi permizo, lo tiene usté, que yo nadie le tuerzo zu voluntá.

RIC. Por lo mismo. *(Saca de su cartera un billete de quinie tas pesetas.)* ¡Vaya, nena! Ahí va. Para que te compres un ve tido.

CLA. *(Resistiéndose a tomar el billete.)* No, señó; no, señó ¡Es demasio!

CLARA. ¿Qué es? ¿Qué es? ¿Veinte duros?

PIÑ. ¡Quinientas pesetas!

JUAN. (¡A ve zi es farzo, de ezos que hay ahora, que n pazan!...)

CLARA. ¡Jesú! ¡No señó! Eso es mucho dinero. Con vein duros, sobra.

JUAN. ¡O que lo dé ya cambiao!...

PEÑ. ¡Pero, Clara! ¡Pero, Juan Antonio!...

CLA. ¿Qué hago? ¿Lo tomo?

JUAN. ¡Tómalo, mujé! ¡Vas a despresiárselo después del agr con que te lo ofrese? ¿Cuándo, no siendo en Pascua y por las ca yes, hemos visto nosotros cien pavos reuníos!

CLA. *(Aceptando el obsequio.)* ¡Que Dios se lo pague a usté señó!

PIÑ. ¡Pero, Ricardo, hijo!... ¡Por María Santísima! Te excedes.

RIC. No merece la pena; no se hable más de ello.

CLA. (¡Ya tengo abrigo!)

JUAN. (¡Qué terno me voy a mandá hacé!...)

CLA. ¡Er señó se lo aumente, cabayero!

CLARA. ¡Er señó se lo dé por otro lao!

PIÑ. ¡Ricardo, me confundes!

RIC. ¿Quieres callar?

PIÑ. ¡Siempre el mismo! ¡Siempre generoso! Me conmuevo, e conmuevo...

RIC. ¡Anda, anda!

CLA. ¡Que la fortuna le acompañe, señó!

JUAN. ¡Que vea usté lograo to lo que dezee!

CLARA. ¡Que nadie tenga pa usté mas que güeñas arsiones, mo esta que usté ha tenío pa nosotros!

PIÑ. ¡Adiós, Ricardo! *(Le abraza.)*

RIC. ¡Adiós, Piñita! ¡Adiós, señora! ¡Adiós, nena! ¡Adiós, nigo! ¡Adiós, adiós!

PIÑ. *(A los suyos.)* ¡Y éste es Varcársel! ¿Qué me decís ıora? ¡Qué hombre!

CLARA. (¡Qué cabayero!)

CLA. (¡Qué güena persona!)

JUAN. (¡Qué tío! ¡Quinientas pezetas!) *(Salen todos por la ıerta de la derecha, menos don Ricardo.)*

RIC. ¡Adiós! ¡Adiós! *(Encaminándose hacia la izquierda de galería.)* ¡Tan contentos como van y tan triste como me han ejado! ¡No sabes tú la felicidad que tienes, Piñita! ¡No lo sa- es! *(Suspira y se marcha por la izquierda de la galería. Pausa rga. Por la puerta de la derecha entran en escena Aurea y El esconocido; este último visiblemente preocupado.)*

AUR. ¿Qué te pasa, Gabriel? ¿Qué te sucede? *(El Desconocido sienta junto a la mesa y apoya la cabeza en la palma de la ano, mientras Aurea se quita el sombrero, que deja en cualquier arte.)* Algo te ocurre. Has venido todo el camino preocupado, n hablar conmigo, y eso, en ti, es tan raro... ¿Estás malo? Qué tienes? Dí. *(Sentándose junto a él y hablándole mimosa- ente.)* ¿Has reñido con tu hermano, quizás?

DES. No.

AUR. ¿Entonces?...

DES. *(Cogiéndole las manos y mirándola a los ojos amoro- amente.)* ¿Me quieres mucho, Aurea?

AUR. ¿No lo sabes?

DES. Responder a una pregunta con otra, casi no es res- onder; no es decir nada. ¡Contéstame, Aurea! ¿Me quieres?

AUR. ¡Con toda el alma, Gabriel! Y para que te convenzas el todo de la fortaleza de este cariño mío, te diré que, al ente-

rarme de tu vida pasada, llena de sombras, yo hubiera queri despreciarte, y, sin embargo, con esa ceguera del que quiere verdad, cada nueva cosa que sabía de ti y que hubiera podido s una razón para odiarte, era un motivo más que me llevaba a qu rerte; que el amor, Gabriel, cuando nos llega al alma, no atie de a razones, ni se paga de consejos.

DES. ¡Gracias, Aurea! ¡Así esperaba oírte, así deseaba q me hablases!

AUR. ¿Dudabas de mí?

DES. No dudaba, no; pero era preciso que lo oyera nuev mente de tus labios; que encontrara en la firmeza de tu amor l bríos que me faltan para decirte que habremos de separarnos.

AUR. ¿Separarnos?

DES. *(Poniéndose de pie.)* ¡Ello es necesario, forzoso, irr mediable!

AUR. ¿Qué dices, Gabriel?

DES. ¡Que me marcho, Aurea! Me voy, me alejo de ti. N quieras indagar la causa ni el motivo. Bástate saber que tu amo irá conmigo mientras viva.

AUR. ¡Me asustas, Gabriel!

DES. Hoy, mejor que mañana, saldré de aquí sin que nad me vea, sin sospechar adonde me llevarán mis pasos, pero saldr

AUR. ¡Y yo contigo!

DES. ¡No!

AUR. ¿Eh?

DES. ¡Tú, no! Yo solo, solo. Seguiré mi camino de aventur Pensé hallar en este rincón el sosiego que anhelaba mi alm pero la vida me impulsa a caminar de nuevo. Partiré.

AUR. ¡Me engañas, Gabriel! Eso no es posible. ¿Qué razó hay?... ¡Díme que mientes, que quieres atormentarme por gusto de verme llorar!...

DES. No, Aurea, no.

AUR. *(Llorando.)* ¡Gabriel!...

DES. ¡Dios lo ha querido! *(Por la izquierda de la galerí sale don Ricardo Valcárcel.)*

RIC. ¿Qué es esto? ¿Llora usted, Aurea? ¿Qué ha pasado Gabriel?

DES. ¡Ricardo!...

AUR. Dice que se va, que me abandona.

RIC. ¿Qué?

DES. ¡Aurea..., déjame a solas con mi hermano!

AUR. *(Suplicante.)* ¡Gabriel!...

DES. ¡Déjame a solas! *(Aurea se va por la derecha de la ga lería.)*

RIC. ¿Es cierto lo que dice Aurea?

DES. ¡Es cierto! Me voy, me vuelvo a tierras lejanas, d donde ¡ojalá no hubiera salido nunca!

RIC. Pero, ¿me quieres explicar qué ventolera es esta, Ga-
iel?

DES. Ninguna, hermano. Un propósito firme de no causar
or mal del que he causado; un ansia de remediar pasadas cul-
s y un deseo de corresponder a la nobleza de tu cariño con la
isma nobleza, a ser posible.

RIC. No te comprendo, Gabriel; pero aun sin comprenderte,
pregunto: ¿y es forma de corresponder a mi cariño, abando-
rme? Y, ¿es propósito de no causar el mal dejar a esa mujer,
e se ha enamorado de ti y a la que me decías querer más que
tu vida? ¡No te comprendo, Gabriel! Locuras de mozo, ya
eron perdonadas. Locuras de hombre, ni tienen disculpa, ni
eden tener perdón. Piensa lo que haces.

DES. Está pensado y bien pensado. Escúchame. Tú has sido
ra nosotros—y al decir nosotros me refiero a la familia ente-
—un padre, más que un padre. Besando la tierra que pisaras,
te pagaríamos ninguno lo que te debemos. Tú tronchaste tus
piraciones, truncaste tu vida por servirnos, y nosotros, lejos de
radecértelo, correspondimos a tu generosidad de la peor ma-
ra. Pero el tiempo, que suele volver las aguas a sus cauces,
hizo ver, aunque tardíamente, toda la negrura de mi ingrati-
d y quise recobrar tu cariño, que tú me diste sin regateos. Yo
a feliz en la paz de tu afecto y en la ilusión del amor de una
ujer a quien quería, pero hoy me entero de que en esa mujer
también habías puesto los ojos *(Don Ricardo hace un movi-
ento de sorpresa.)* y yo no puedo, no debo seguir ni un momento
ás pensando en ella. Por eso me voy, por eso me separo de ti,
ra no dar lugar a este nuevo sacrificio de tu parte; que es justo
e quien tantos hizo en su vida, tenga al menos la satisfacción
ver que alguna vez hay quien le corresponde.

RIC. Pero, ¿qué dices, loco?

DES. ¡La verdad!

RIC. ¿De qué hablas? ¿Quién te ha contado esa historia?

DES. Tu propio secretario.

RIC. ¿Y vas a hacer caso de un botarate como Perdiguero?
, hijo, no. Puedes estar tranquilo. ¿Enamorarme yo, a mis
os? ¡Qué locura! ¿Y de Aurea? No. Mis amores son mis li-
os; mi ilusión, la gloria. Para soñar con otro amor, es tarde,
briel.

DES. ¿No me engañas?

RIC. ¿Qué interés tendría en engañarte?

DES. ¿Me juras que no has pensado nunca en Aurea? *(Don
cardo calla.)* ¿Me lo juras?

RIC. *(Después de un momento de vacilación.)* ¡Te lo juro!

DES. *(Con júbilo.)* ¡Ay, hermano! ¡Qué peso me has quitado
encima!

RIC. Y tú qué alegría me has dado con decirme lo que me

has dicho; ello me ha permitido ver hasta el fondo toda la he
mosura de tu corazón. ¡Un abrazo, Gabriel!

DES. ¡Con alma y vida! *(Se abrazan. Por la derecha de galería salen Aurea y doña Rosario.)*

ROS. ¡Así me gusta, así me gusta!

DES. ¡Doña Rosario!

RIC. *(A Aurea.)* ¡Ya no se va, Aurea! ¡Tranquilícese uste

AUR. *(Al Desconocido.)* ¡Ah!, ¿no?

DES. ¡Contigo siempre! ¡Para toda la vida!

AUR. ¿Entonces?...

DES. No quieras enterarte tampoco. ¡Ya pasó!

AUR. ¡Qué loco eres, Gabriel!

DES. ¿Te lo parezco a ti? ¡Pues, si así soy y así me qui res, bendita sea mi locura! *(Rodea con su brazo la cintura Aurea y mirándola amorosamente, se van los dos por la puer de la derecha. Don Ricardo los ve marchar con los ojos arrasad en lágrimas, después del esfuerzo realizado anteriormente para descubrirse, y doña Rosario se queda contemplando a don Ricc do con un gesto de conmiseración.)*

RIC. ¡Son felices!

ROS. Pero tú la querías.

RIC. No...

ROS. ¡Y la quieres! ¡A mí no me vas a engañar!

RIC. La quería y la quiero, dices bien, pero no estaba pa mí. Tal vez el volver a respirar estos aires que orearon mi j ventud, me hizo pensar por un momento que los años no habí transcurrido y pude creer que era posible la dicha de un amo pero, en seguida, la realidad se impuso. ¡No estaba para mí! ¡ se la merece más que yo! Será éste el postrer sacrificio por míos: renunciar a un amor que toda el alma me llena de perf me. Y, si en el correr de los días, la figura de esa mujer se gra en mis recuerdos, pensaré que no existe, que nunca ha existid que es sólo un personaje que creó mi fantasía... ¡La señori Primavera! *(Dentro, en el jardín, se oyen las risas de Petrita Aurea. Se ha hecho noche completa. Cae el*

TELÓN

EDITORIAL SIGLO XX

Rodríguez San Pedro, 26
Apartado 8.036.
MADRID



OBRAS PUBLICADAS

	Pesetas
Pedro Mata: Una ligereza.	5,00
Eduardo Zamacois: Los dos.	2,50
Alberto Insúa: Mi tía Manolita.	5,00
Antonio de Hoyos y Vinent: El sortilegio de la carne joven.	5,00
Paul Morand: La Europa galante.	5,00
Alberto Insúa: Una historia francamente inmoral.	2,50
Antonio de Hoyos y Vinent: Los ladrones y el amor.	2,50
Emilio Carrere: El más espantoso amor. .	2,50
José Francés: Su Majestad.	2,50
Alvaro Retana: El paraíso del diablo. . . .	5,00
Pedro Muñoz Seca y **Pedro Pérez Fernández**: Los extremeños se tocan.	5,00
Honorio Maura: Julieta compra un hijo . .	5,00
José Francés: Rostros en la niebla.	5,00

Pedidos directamente a la

EDITORIAL SIGLO XX

Grandes descuentos a corresponsales y libreros


EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID